

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
MÁSTER EN ARQUEOLOGÍA**

El mito de Quetzalcóatl

Por Zdena Isabel Porras Jandová

Trabajo final de grado
Presentado para optar al título de Máster en Arqueología

Director: Andrés Ciudad Ruiz

Madrid, noviembre de 2009

ÍNDICE

0. Introducción. Contexto del mito

1. Dios u hombre, personaje histórico o mítico, uno o múltiple

2. Quetzalcóatl dios

2.1 Los cuatro Soles.

2.2 El quinto Sol.

2.3 El Mictlán y la creación del hombre.

3. Quetzalcóatl hombre

3.1 Nacimiento de Quetzalcóatl.

3.2 Juventud de Quetzalcóatl.

3.3 Gobierno e ideología de Quetzalcóatl.

3.4 Caída de Quetzalcóatl.

3.5 Huida de Quetzalcóatl.

3.6 Fin de Quetzalcóatl.

3.7 Huémac y la caída de Tula.

3.7.1 El conflicto étnico.

3.7.2 La gran hambruna y la aparición de los sacrificios humanos.

3.7.3 El fin de Tula y la gran diáspora.

4. Quetzalcóatl en la historia subsiguiente

4.1 Quetzalcóatl en la historia nacional azteca.

4.2 Funciones sociales del héroe divinizado.

4.3 Los cronistas españoles y la configuración del mito.

5. Conclusiones

6. Apéndices

Apéndice 1. Iconografía de Quetzalcóatl.

Apéndice 2. Templos dedicados a Quetzalcóatl.

Apéndice 3. Fiestas en honor de Quetzalcoatl.

7. Bibliografía

EL MITO DE QUETZALCÓATL

Por Zdena Porras Jandová

0. Introducción

El mito de Quetzalcóatl es uno de los más importantes del Postclásico mesoamericano. Narra la historia de un rey de Tula, sacerdote sabio y místico, y héroe cultural, que fue desterrado y prometió volver. Su mito fue tan influyente que se extendió no sólo por el centro de México, sino también a Yucatán, Guatemala y Honduras, y llegó tan lejos como Nicaragua. Son muchas las fuentes que narran el mito en diversas versiones, a veces contradictorias, pero todas ensalzan la importancia de la figura:

Este Topiltzin (...) fue una persona muy venerable y religiosa, a quien ellos [los indígenas] tuvieron en gran veneración y le honraban y veneraban como a persona santa. (Durán, p. 9)

Las hazañas y maravillas de Topiltzin y sus hechos heroicos son tan celebrados entre los indios y tan mentados y casi con apariencias de milagros, que no sé qué me atreva a afirmar ni escribir de ellos (...). (Durán, p.9)

Tienen mucha memoria los indios desta ciudad y sus comarcas deste Topilci, y hay grande historia del. (*Relación de la genealogía*, p.108-109)

Está el negocio deste rey entre estos naturales como el rey Artús entre los ingleses. (Sahagún, p.493-494)

La narración no sólo tuvo importancia en la época precolonial, sino que la mantuvo después. Al llegar Cortés, fue tomado por Quetzalcóatl que regresaba, y sus naves por templos flotantes; esto y la singularidad del personaje de Topiltzin incentivó el interés de los cronistas por la figura. Además, el héroe cultural mantuvo su valor social:

Y cuando los españoles vinieron a este país creyeron que era él [Quetzalcóatl], y aún ahora después del año 1550, que fue cuando se sublevaron los zapotecas, dieron como causa del levantamiento el decir que ya había venido su dios que había de redimirlos. (*Códice Vaticano A*, p. 9 verso)

La importancia del mito continuó, por supuesto, de allí en adelante. Ha tenido gran valor dentro de los procesos de constitución de la nación mexicana. Y, más importante aún para la etnohistoria americana, ha despertado la atención de los estudiosos desde el tiempo colonial hasta el presente. La variedad de versiones y posibles lecturas del mito ha generado gran controversia entre los especialistas en torno a su interpretación, y a la presencia o no de elementos históricos que sustenten la narración.

Para entender el mito de Quetzalcóatl se cuenta con un buen número de fuentes de época colonial, la mayoría de ellas redactadas en los primeros cien años después de la Conquista. En las primeras décadas de la dominación española, diversos cronistas, religiosos la mayoría, intentaron salvar las antiguas tradiciones mesoamericanas poniendo por escrito lo que sus informantes indígenas les narraban con base en los datos mnemotécnicos consignados en los antiguos códices pintados. Sin embargo, la labor de compilación presentó grandes dificultades, especialmente después del trastorno social y de la destrucción de documentos originales ocurridos en los primeros años tras la Conquista. Juan Baustista Pomar, un cronista del siglo XVI que en su *Relación de Tetzco* intentase contestar las preguntas de un cuestionario oficial enviado desde España, dejó claro que aunque se hiciesen muchas diligencias “buscando indios viejos y antiguos inteligentes (...), buscando cantares antiquísimos” para obtener la mejor información disponible, no era posible hallar sino datos fragmentarios. Las razones que aduce Pomar para esto son ilustrativas de la situación que debieron hallar todos los cronistas:

(...) aun cuando hay indios viejos de a más de ochenta años de edad, no saben generalmente de todas sus antigüedades, sino unos uno y otros otro; y los que sabían las cosas más importantes eran los sacerdotes de los ídolos (...) [que] son ya muertos; y demás desto faltan sus pinturas en que tenían sus historias, porque (...) se las quemaron (...). (Pomar, p.21-22)

Queda así claro que mucha de la información pertinente para reconstruir las tradiciones del centro de México se perdió en las primeras décadas tras la Conquista. Además, no todos los informantes conocían de todos los temas; el manejo de la información cultural e histórica y la preservación de su coherencia había sido una ocupación especializada de los sacerdotes, ya por entonces desaparecidos. En cuanto a los pocos códices que se salvaron de la destrucción, eran cada uno de ellos un texto especializado sobre temas específicos (históricos, calendáricos, adivinatorios) que difícilmente podría dar una visión de conjunto. Por otra parte, por su esencia mnemotécnica, los códices podían dar lugar a interpretaciones inexactas, las cuales, traducidas del náhuatl a otro idioma y a otro sistema cultural habrían de resultar gravemente distorsionadas. En el caso del mito de Quetzalcóatl se trataba, además, de contenidos de difícil interpretación, y que habían sido compilados ya de antiguo en diversas versiones en las diversas ciudades del área central de México. Los cronistas, a su vez, seleccionaron esta información fragmentaria desde sus propios referentes culturales, dando como resultado las múltiples versiones que hoy conocemos del mito, llenas por demás de contradicciones que dificultan la interpretación.

La variedad de textos resultantes ha dado lugar también en nuestra época a variedad de interpretaciones. Los estudiosos se alinean radicalmente tanto del lado de las lecturas historicistas como de las netamente escépticas. Son muchos los argumentos que se han esgrimido en publicaciones y foros tanto para apoyar el carácter histórico de la saga de Quetzalcóatl, como para interpretar ésta simplemente como un tema mítico característico.¹

Esta diversidad de posiciones e interpretaciones irreconciliables me ha motivado a intentar en el presente ensayo una lectura propia de las fuentes originales en que se cuenta

¹ Algunos de los autores principales, desde el siglo XIX hasta el presente, son los siguientes: Escépticos: Brinton, Seler, Preuss, Spence, Carrasco, Sejourné, López Austin y Graulich. Historicistas: Chavero, Kirchhoff, Jiménez Moreno, Nicholson y Davis.

el mito de Quetzalcóatl.² Mi hipótesis es que Quetzalcóatl debe ser considerado como varios personajes, mínimo dos, y quizás más, que se han fundido parcialmente en las fuentes debido a una coincidencia en su sonoro nombre o título religioso *Quetzalcóatl*, que por otra parte resultaba común entre los pueblos de habla náhuatl. Uno de estos personajes, Ce-Ácatl Topiltzin Quetzalcóatl, pudo ser un ser humano histórico, divinizado posteriormente, y su historia narrarnos cruciales eventos de transformación étnica y cultural de la provincia de Tula, Hidalgo, en algún momento del Postclásico. Otro de ellos es claramente un dios creador, cuyo mito se caracteriza por ser netamente cosmológico, con la Creación como motivo central. La historia del mencionado personaje humano podría, a su vez, ser la mezcla de distintas narraciones correspondientes a dos personajes: un místico sabio, carismático e influyente, y un rey tulano de exasperante incapacidad política, quizás individualizado mejor con el nombre de Huémac. Habrá de verse también cómo al personaje histórico se le agregaron en el mito diferentes leyendas locales, dando a cierto momento de su saga la apariencia de un segundo mito de creación.

Contexto del mito

Las fechas exactas en que se fundó Tula siguen siendo imprecisas. Por sus características culturales es ésta una ciudad posclásica, pero los datos cronológicos que se han barajado ubican su auge en varias posibles momentos, entre los siglos noveno y undécimo de nuestra era. Los antiguos códices del centro de México trataron de conservar la cronología de los sucesos de florecimiento y caída de la ciudad, pero los datos resultan muy difíciles de interpretar, por cuanto no se basan en una “cuenta larga” o cronología continua, sino en ciclos de apenas 52 años. A esto se suma el hecho de que muy probablemente cada ciudad mesoamericana tenía su propio cómputo calendárico. Tales datos ya confusos pasaron en todo tipo de versiones a las crónicas coloniales. Sahagún ofrece fechas extremadamente desatinadas para los hechos de Tula: “Hállase que desde la

² Me limitaré a las fuentes procedentes del centro de México, dejando por lo pronto de lado las del área maya, muy importantes para la sagas de Quetzalcóatl, pero cuya adecuada interpretación comporta problemas propios.

destrucción de Tulla hasta este año de mil y quinientos y setenta y uno han corrido mil y ochocientos y noventa años, muy poco menos” (p.501). La versión del *Códice Vaticano A* es aún más extrema: “Y dicen que hace 5042 años intervino esta hambruna [que produjo la destrucción de Tula]” (p. 7 resto).

Chimalpahin da fechas más moderadas, que se acercan más a lo que pudo ser la realidad histórica: “(...) Tollan, la cual después de 342 años de su fundación en un año 1-Caña, 1031, fue destruida por Dios Nuestro Señor” (p.61). Ixtlilxóchitl se acerca también a los verdaderos datos históricos: “La última y total destrucción [de Tula] fue en el año de 959 de la encarnación de Cristo nuestro señor, que llaman ce técpatl (...)” (p. 68).

Los antiguos habitantes de Tula, cuyo recuerdo se mantenía con toda claridad en el centro de México en tiempos de la Conquista, eran llamados *toltecas*. Esta expresión era usada tanto para referirse a una etnia como para designar a los hombres prácticos en trabajos artesanales finos, como la orfebrería, la plumería, la ebanistería y la cerámica. Según otra acepción registrada, *toltecas* serían simplemente los discípulos o los vasallos del rey o sacerdote Quetzalcóatl: “Llegaba a sí discípulos y los enseñaba a orar y a predicar, a los cuales discípulos llamaban ‘tolteca’, que quiere decir ‘oficiales o sabios en algún arte’” (Durán, p. 9). Y también: “[a los discípulos de Quetzalcóatl, que] hacían algunas cosas maravillosas, que debían de ser milagros, que admirada la gente, les puso el nombre de ‘tulteca’” (Durán, p.10-11).

El término *tolteca*, pues, es polisémico, y no del todo acotado en su significación. Por momentos podría parecer que a todo habitante de Tula habría de llamársele de dicha forma, pero en otros sólo los vasallos de Quetzalcóatl, hombres diestros en las artes manuales, merecerían tal denominación. La *Historia tolteca-chichimeca* es la única fuente que ofrece información concreta sobre la composición étnica de Tula, y parece indicar que la ciudad habría estado conformada por más de un elemento. Se menciona en dicha crónica por lo menos dos: los toltecas-chichimecas, y los nonoalcas-chichimecas. Estos dos elementos étnicos debieron ser culturalmente muy disímiles; los primeros habrían llegado del noroeste del México actual, por entonces una zona agreste y poco desarrollada, en tanto que los segundos provendrían de la ya de antaño refinada región de la costa del Golfo de México.

Sus papeles respectivos en la constitución de la gran cultura tulana son presentados en los siguientes términos por Davis:

It has already been stressed that the term 'Toltec' in the late Postclassic era came to denote principally an artist or craftsman, in addition to its basic meaning, i.e. an inhabitant of Tollan. Jiménez Moreno thinks, and I agree, that such skills were originally characteristic of the Nonoalca element of the population of Tollan rather than of other immigrants whose culture was less refined. (Davis, p.51)

Surge por tanto la pregunta sobre a cuál de las dos etnias habría que adscribir al rey sabio Quetzalcóatl. Con él se asocia de manera indisoluble el término *tolteca*, pero no queda nunca claro si en su sentido puramente étnico, o en el de maestría artesanal. Las habilidades manufactureras de las que habrían hecho gala tanto Quetzalcóatl como sus vasallos, sin embargo, no se compaginan con el nivel cultural atribuible a los rudos inmigrantes toltecas-chichimecas del norte. Su maestría en las mejores artes tendría mucha mejor cabida dentro del elemento nonoalca. La iconografía misma de Quetzalcóatl parecería indicar su procedencia costera:

The final Quetzalcóatl gives every impression of being at least partly a Huastec product. Quite apart from the details of his special adornments, his association with marine shells, with exotic tropical birds and with cacao suggests emphatically that he originated in the coastal regions rather than in the Altiplano. (Davis, p.69)

Varios son los nombres con que se denomina a Quetzalcóatl en las fuentes del centro de México. Sahagún y el *Códice Vaticano A* lo llaman Topiltzin Quetzalcóatl. Chimalpahin se refiere a él como Ácxitl Topiltzin Quetzalcóatl, denominación que se asemeja a Nácxit, la que le dieran los mayas tardíos. Otros nombres, como Cuculcán y Gucumatx, le fueron dados en la tradición maya, de la cual no nos ocuparemos aquí. Se le llama también Ce-Ácatl, por el día de su nacimiento: “1 *acatl*. Se dice que en este año nació Quetzalcóhuatl, que por eso fué llamado Topiltzin y sacerdote Ce Acatl Quetzalcóhuatl” (*Anales de Cuauhtitlán*, p. 7). Uno de sus apelativos también fue Papa (Durán, p.9). En la *Historia de*

los mexicanos por sus pinturas se la da el sugestivo nombre de Yohualli Ehécatl (Noche y Viento) (p. 23).

Sin duda resulta curioso hallar que Quetzalcóatl también fue llamado por algunos autores hispanos con el extraño nombre de *Orchilobos*. Y sin duda despierta también suspicacia la apariencia hispánica de dicho vocablo. El lingüista mexicano Otto Schumann ha dado la explicación del fenómeno de transformación del vocablo *Huitzilopochtli* en *Orchilobos*. Los españoles tuvieron su primer contacto con el náhuatl en su variante sureña hablada por la intérprete Marina; en ésta no existía la terminación /tl/, y los sonidos /p/ intervocálicos se convertían en /b/. Por ejemplo, el nombre de árbol *maxixcatl* se transformaría en *maxixca*, y *Huitzilopochtli* quedaría como *Huitzilopoch* (*Huichilobos*, *Orchilobos*) (Gómara, p.106, nota al pie 25).

El fenómeno es confirmado por varios cronistas. Por ejemplo, dice Gómara: “Los españoles que no saben esta lengua llaman cues a los templos y a Vitcilopuchtli, Uchilobos” (p. 194).³ Es decir, *Orchilobos* sería una transformación del nombre del dios Huitzilopochtli, confundido a su vez con Quetzalcóatl. Esta última confusión pudo surgir en los primeros tiempos de la Conquista en que aún no resultaban claras las denominaciones. Por ejemplo, se llegó a llamar a todos los templos también *orchilobos*, a causa del apócope con que los indígenas se referían al templo de Huitzilopochtli, como en la siguiente frase: “El año 125 de la fundación de México se renovó y se hizo muy grande el Huitzilopochtli” (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*, p.61).

Son, pues, varios los nombres con que se llama a Quetzalcóatl. Ha de destacarse, sin embargo, que si bien en general todas estas denominaciones parecen referirse a un mismo individuo, hay algunas fuentes que expresamente aplican uno u otro de estos apelativos a personajes diferentes. Es éste uno de los factores que dificulta notablemente la exégesis.

En las siguientes páginas presentaré el mito de Quetzalcóatl según es narrado en diversas fuentes redactadas en el centro de México durante el siglo XVI y comienzos del XVII. De acuerdo con la hipótesis que he propuesto, dividiré la caracterización del personaje en dos

³ Otros pasajes en que se aclara este tema: “(...) un Capitán insigne (...) [al cual] apellidaron los españoles en honor de sus ilustres procederes *Hijo del Sol*; eso significa en lengua mexicana *Vitcilipuztli*, escabrosidad de voz que alisaron después los españoles, trocándola en *oycholoohos*” (Motezuma, p.17). “(...) porque el [dios] de la gran ciudad de México se llamaba Horchilobos, y en otra ciudad que se llama Chuennila [Cholula], Quecadquaal [Quetzalcóatl]” (Conquistador Anónimo, p. 385).

partes, una dedicada a Quezalcóatl-dios y otra a Quetzalcóatl-hombre. Mostraré luego cómo, a su vez, es posible dividir a este último en dos caracteres distintos, religioso el uno y político el otro. Haré ver cómo típicos elementos míticos se entretajan en la narración tanto del personaje divino como del humano, pero también cómo resulta posible dilucidar en las fuentes interesantes aspectos de lo que pudo ser la narración histórica de la caída del imperio de Tula.

1. Dios u hombre, personaje histórico o mítico, uno o múltiple

Una de las primeras dificultades que se halla al estudiar el mito de Quetzalcóatl en las fuentes es la de tratar de determinar entre las muchas versiones si ha de considerarse que en ellas se está hablando todo el tiempo de un solo personaje, o si se trata de las hazañas de varios homónimos. Las descripciones que aparecen en las fuentes presentan ambas posibilidades, frecuentemente mezcladas, haciendo imposible obtener una línea separatoria clara. En algunas crónicas las historias narradas parecen indicar la unicidad del personaje, en tanto que en otras parece abarcarse narraciones cronológicamente apartadas que sólo podrían referirse a diversos actores, y aún en otras más los hechos se distribuyen explícitamente entre varios personajes distintos. La dificultad de la exégesis que esto produce ha llevado a multitud de propuestas de lectura entre los especialistas, para quienes de todos modos es claro que se trata de un trabajo especulativo que debe llevarse con cuidado, en que hay que apoyarse en el mayor número posible de datos, esperando poder consolidar un argumento convincente.

Otra dificultad importante que presenta la lectura de las fuentes estriba en tratar de saber, dado caso que se esté hablando de al menos dos Quetzalcóatl, si es posible ver en uno de ellos a un dios y en el otro a un hombre. Nuevamente aquí las fuentes parecen inclinarse por ambas posibilidades sin claridad. Davis resume la situación de la siguiente manera:

All over the world people tend to promote heroes into deities and perhaps occasionally to degrade gods into human heroes; thus, the story of an actual human being in one context becomes a generalized legend in another. The difficulty then arises of separating the deeds of

the human being from the feats of the semimythical hero and even the god, often mentioned in almost the same paragraph of one text. (Davis, p.17)

La dificultad estriba en que a veces parece estarse hablando de un dios en todo derecho, otras de un hombre, y otras finalmente de un hombre divinizado. Ésta última resulta ser la caracterización más frecuente, y es presentada así por Sahagún: “Llamaron dios a Quetzalcóatl, el cual fue hombre mortal y corruptible (...)” (p. 71). Andrés de Tapia, compañero de Cortés, es del mismo parecer: “(...) é en esta cibdad [de Cholula] tienen por su principal dios a un hombre que fué en los tiempos pasados, e le llamaban Quezalquate (...)” (p. 573). La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* es de las fuentes que hablan separadamente de dos personajes, en este caso uno divino llamado Quetzalcóatl, y el otro humano llamado Ce-Ácatl, el uno creador del mundo y el otro rey de Tula.

La confusión aumenta si tenemos en cuenta que *Quetzalcóatl* era un apelativo que aún en tiempos de la Conquista se aplicaba a muchas personas. Por ejemplo, era un nombre común: “Según las relaciones y pinturas de la provincia de Chalco parece que los señores y principales de ella que eran (...) Quetzalcoatzin (...) y otros, se juntaron y trataron de lo que se debía hacer en razón de si recibirían de paz a Cortés y a los suyos (...)” (Ixtililxóchitl, p.300). Era también el nombre que recibía el sacerdote principal en varias ciudades del centro de México; Sahagún describe cómo uno de estos sacerdotes realiza el rito de matar la efigie del dios Huitzilopochtli en la fiesta del *panquetzaliztli*: “Y otro día siguiente, un hombre que se llamaba Quetzalcóatl, tiraba al cuerpo del dicho Huitzilopochtli con un dardo que tenía como un casquillo de piedra, y se la metía por el corazón (...)” (p.204). Estos sacerdotes llevaban el atuendo distintivo de Quetzalcóatl: “Luego, en amaneciendo, el dios llamado Páinal, que era vicario de Huitzilopochtli, descendía de lo alto del cu. Traía a este dios en las manos, como en procesión, uno de los sacerdotes vestido de los ornamentos de Quetzalcóatl” (Sahagún, p.179).

De hecho, en México Tenochtitlan, *Quetzalcóatl* era la dignidad más alta en el sacerdocio: “El que era perfecto en todas las costumbres y ejercicios y doctrinas que usaban los ministros de los ídolos, elegíanle por sumo pontífice (...) y llamábanle Quetzalcóatl. Y eran dos los que eran sumos sacerdotes: (...) el que se llamaba *Quetzalcóatl Tótec tlamacazqui* servía al dios Huitzilopochtli. Y el otro que se llamaba *Tláloc*

tlamacazqui servía al dios Tlalocantecuhtli (...)” (Sahagún, p.229). En cuanto a la escala sacerdotal, los futuros oficiantes ascendían paulatinamente desde el grado más bajo, el de *tlamacazto*, pasando por el de *tlamacazqui* y *tlenamácac*, hasta llegar a sumos pontífices, “que se llamaban *quequetzalcóah*, que quiere decir ‘sucesores de Quetzalcóatl’” (Sahagún, p.229).

Todo lo anterior indica que el hecho de que en una fuente se llame a un personaje con el nombre *Quetzalcóatl* no implica automáticamente que se esté hablando todo el tiempo de uno solo. Puede tratarse de caracteres que comparten un mismo nombre propio, o de sacerdotes que han adoptado el nombre de su dios como título religioso, o simplemente del propio dios. “One remains thus with the preliminary conclusion that any theory involving one single Topiltzin-Quetzalcoatl provides no viable working hypothesis. I prefer to believe that there was never one Quetzalcoatl (...) ‘Quetzalcoatl’ in its various forms grew to be a concept of universal import. As a distinctive appellation or title it was then applied to men living in different places at diverse epochs” (Davis, p.74).

Finalmente nos enfrentamos también con la duda de si es posible ver en Quetzalcóatl un ser humano histórico, según opinan los historicistas, o si se trata sólo de un personaje mítico, según lo verían los escépticos. Por ser muchos los defensores de una y otra opinión sin que haya sido posible llegar a un acuerdo, presentaré a lo largo de este estudio los argumentos para apoyar la mía propia, que coincide con la de Davis: “The legend of Quetzalcóatl (...) is so personal and individual that one is left with an impression that it may have been basically inspired by the deeds of a living person or several persons rather than have come into being by a kind of spontaneous combustion. Of course, there are obviously mythical additions (...)” (p.72).

Queda la opción de ver en Quetzalcóatl la personificación de una etnia, los toltecas-chichimecas procedentes del norte, o los nonoalcas originarios del Golfo, habitantes por varios siglos de la ciudad de Tula, y luego dispersados por distintos lugares de Mesoamérica. Las dificultades para precisar el origen de Quetzalcóatl, su identidad y su destino final, podrían reflejar precisamente la personificación que éste representaría de distintos momentos históricos de un pueblo. Esta interpretación estaría apoyada por la versión presentada en la *Historia de México*. Ésta presenta los hechos de una manera particularmente mítica, siguiendo un patrón narrativo que resultará muy familiar al

estudioso de los orígenes épicos de algunos pueblos. Como buen héroe originario, Quetzalcóatl es hijo de dioses, pero no es criado por estos, sino por sus abuelos; en su juventud es llamado de regreso al lado de su padre, y debe enfrentar la envidia de sus hermanos, quienes intentan matarle; tras diversas aventuras resulta sagaz vencedor de ellos, y, coronado rey, lleva a su pueblo en peregrinación hacia Tula. Enseguida se hace aún más claro que se está narrando bajo su nombre una historia étnica. Se nos dice que vivió Quetzalcóatl en Tula 160 años; tras su expulsión por las argucias del dios Tezcatlipoca, guía a los suyos a lugares como Cuauhquecholan, donde permanece 290 años, Cholula, con otros 160 años, y Cempoala, con otros 260 años más. Esta interpretación nos permitiría ver en la historia de Quetzalcóatl la saga personificada de todo un pueblo, arrojado de su territorio merced al enfrentamiento con otro pueblo personificado también por su propio dios. Analizar, sin embargo, detalladamente esta posibilidad en todas las fuentes pertinentes resultaría un trabajo de por sí suficiente para elaborar un estudio aparte.

2. Quetzalcóatl dios

Con el fin de apoyar mi hipótesis de que las historias del Quetzalcóatl de las crónicas no deben atribuirse a un solo personaje sino a varios, presentaré en éste y en el siguiente aparte las sagas que a mi juicio han de relacionarse con el dios Quetzalcóatl, por un lado, y con el hombre o los hombres Quetzalcóatl por el otro. Ofreceré a la par los argumentos que me hacen identificar ciertos pasajes con la divinidad y ciertos otros con el ser humano.

La diferencia entre las narraciones concernientes a Quetzalcóatl dios y a Quetzalcóatl hombre estriba a mi parecer en que las primeras tienen como tema un mito cosmológico de creación y también un motivo escatológico, de que las segundas carecen. El dios Quetzalcóatl aparece en las fuentes como coprotagonista en varios mitos de la creación del mundo, del hombre y de las luminarias celestes. Especialmente aparece asociado con el fundamental mito mesoamericano de los Soles o Edades del mundo. Existen diversas variantes regionales del mismo tema: con la participación de unas u otras series de dioses regionales, dependiendo del trasfondo político local, el mito narra cómo fue creado y

destruido el mundo sucesivas veces a través de sendas edades del mundo (cuatro o cinco), y cómo se llegó a crear la Edad o Sol actual.

2.1 Los cuatro Soles

Como he dicho, existen diversas versiones del mito. A continuación presento algunas de ellas que permiten ejemplificar diversos aspectos. La *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, versión netamente mexicana, nos cuenta la historia del mundo desde sus orígenes y presenta a Quetzalcóatl como parte activa en la creación de éste. Quetzalcóatl habría sido uno de cuatro hijos de los dioses primigenios Tonacatecutli y Tonacacíhuatl. Él y sus tres hermanos Tlatlahuqui Tezcatlipoca, Yayauhqui Tezcatlipoca y Huitzilopochtli,⁴ se habrían reunido para crear diversas cosas del mundo, entre ellas medio sol, que no alumbraba mucho; a la tierra a partir del caimán Cipactli; a los dioses del infierno y a los del agua; y a un hombre y una mujer llamados Oxumoco y Cipactonal.

Después, notando que el medio Sol que habían creado no alumbraba lo suficiente, Tezcatlipoca decidió hacerse él mismo Sol para lograr una claridad plena. Fue este el primer Sol o Edad del mundo, en que vivieron los gigantes, y que duró 13 ruedas calendáricas de 52 años, es decir, 676 años. Este Sol tuvo su fin un día en que Quetzalcóatl dio con un bastón a Tezcatlipoca, lo arrojó al agua y se puso él mismo como Sol. Este segundo Sol de Quetzalcóatl duró otros 676 años. Luego Tezcatlipoca lo derribó a su vez, con lo cual se levantó un viento que se llevó a los humanos, los cuales se convirtieron en monos. Por tercer Sol fue elegido Tlalocatecutli, dios del agua, el cual duró en esta función 364 años. Pasado este tiempo, Quetzalcóatl hizo llover fuego para derrocar a este Sol, y puso por cuarto Sol a Chalchiuhtlicue, diosa del agua; duró ella en la hegemonía 312 años, tras los cuales hubo un gran diluvio, que a su vez provocó el hundimiento del cielo y convirtió a los hombres en peces. Vemos enseguida a Tezcatlipoca y a Quetzalcóatl convertidos en árboles, dedicados a la tarea de volver a levantar el cielo.

⁴ Tlatlahuqui Tezcatlipoca, o Tezcatlipoca Rojo, es también llamado aquí Camaxtle; Yayauhqui Tezcatlipoca es el Tezcatlipoca Negro; y Huitzilopochtli es denominado también aquí Omitecutli o Maquizcóatl.

2.2 *El quinto Sol*

En algunas versiones, el mito concluye en la hegemonía del cuarto Sol, del cual hemos de considerarnos actuales habitantes. En otras, muy especialmente en la mexicana, los cuatro soles representan momentos históricos yaidos; en algunas variantes incluso fue en los soles pasados cuando existieron ciudades como Teotihuacan y la propia Tula. Podemos apreciar cómo en el ejemplo citado varios dioses regionales mesoamericanos han tenido la oportunidad de ser presidentes de grandes épocas de la humanidad, todas ya perdidas. Tras ellas es natural que haya surgido un quinto Sol, el actual, que indicaría el amanecer del poderío mexicano.

Para crear este postrero Sol, se juntaron nuevamente los cuatro dioses hermanos. En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, este episodio se cuenta brevemente. Quetzalcóatl determinó hacer Sol a su hijo, y Luna al hijo de Tlalocatecuhtli y Chalchiuhtlicue, dioses del agua. Quetzalcóatl arrojó a su hijo a la lumbre, y así lo transformó en Sol; luego Tlalocatecuhtli echó a su hijo a la ceniza, y por ello la Luna resultante es cenicienta.

Sahagún y la *Leyenda de los Soles* traen versiones más amplias de este mito de creación del quinto Sol:

Decían que antes que hubiese día en el mundo, se juntaron los dioses en (...) Teotihuacan (...). Dixerón los unos a los otros dioses: ‘¿Quién tendrá cargo de alumbrar al mundo?’ Luego a estas palabras respondió un dios que se llamaba Tecuciztécatl, y dixo: ‘Yo tomo a cargo de alumbrar al mundo’. Luego otra vez hablaron los dioses y dixerón: ‘¿Quién será otro?’ (...) Y ninguno dellos osaba ofrecerse a aquel oficio (...) Uno de los dioses de que no se hacía cuenta y era buboso no hablaba (...). Y los otros hablaron y dixéronle: ‘Sé tú el que alumbre, bubosito’ (...). (Sahagún, p.479)

Este buboso es identificado por algunos autores con el propio Quetzalcóatl, pues en la ciudad de Cholula éste cumplía, entre otras funciones, con la de patrón de los afectados por esta enfermedad. Confrontado con tamaño requerimiento, el achacoso personaje se asusta: “Mucho se entristeció él y dixo: ‘¿Qué están diciendo los dioses? Yo soy un pobre

enfermo” (*Leyenda de los Soles*, p.121). Mas después acepta el encargo, y él y Tecuciztécatl (llamado Nahuítécatl en la *Leyenda de los Soles*) inician los rituales propiciatorios: “Y luego los dos comenzaron a hacer penitencia cuatro días. Y luego encendieron fuego en el hogar, el cual era hecho en una peña que agora llaman Teutexcalli” (Sahagún, p.479-480).

Hay una gran diferencia de suerte entre Tecuciztécatl y el buboso: el uno puede ostentar grandes riquezas, en tanto que el otro es enfermo y pobre:

El dios llamado Tecuciztécatl todo lo que ofrecía era precioso: en lugar de ramos ofrecía plumas ricas (...) y en lugar de pelotas de heno ofrecía pelotas de oro; y en lugar de espinas de magüey ofrecía espinas hechas de piedras preciosas; y en lugar de espinas ensangrentadas ofrecía espinas hechas de coral colorado (...). Y el buboso, que se llamaba Nanahuatzin, en lugar de ramos ofrecía cañas verdes (...); y ofrecía bolas de heno y espinas de magüey; y ensangrentábalas con su misma sangre (...). (Sahagún, p.480)

Concluida la fase propiciatoria, empieza el ritual de creación del Sol propiamente dicho: “Y antes un poco de la media noche diéronles sus aderezos (...). Y llegada la media noche todos los dioses se pusieron en derredor del hogar que se llama *teutexcalli* (...)” (Sahagún, p.480). Las diferencias de riqueza entre los dos personajes principales se compensan de manera paradójica con su disparidad en valentía:

Y luego los dos sobredichos se pusieron delante del fuego (...). Y luego hablaron los dioses y dixerón a Tecuciztécatl: ‘¡Ea, pues, Tecuciztécatl, entra tú en el fuego’. (...) Y como el fuego era grande (...) no osó echarse en el fuego (...) Cuatro veces probó, pero nunca se osó echar. (...) Desde que hubo probado cuatro veces, los dioses luego hablaron a Nanahuatzin y dixéronle: ‘¡Ea, pues, Nanahuatzin, prueba tú!’ Y como le hubieron hablado los dioses, esforzóse y, cerrando los ojos, arremetió y echóse en el fuego (...). Y como vio Tecuciztécatl que se había echado en el fuego y ardía, arremetió y echóse en el fuego (...). (Sahagún, p.480-481)

Surgen las dos luminarias, mas también ellas han de ser dispares:

Y cuando vino a salir el Sol, pareció muy colorado (...). Y después salió la Luna de la misma parte del oriente. Y dicen (...) que tenían [ambos] igual luz con que alumbraban. Y desde que vieron los dioses que igualmente resplandecían, habláronse otra vez y dixeron: ‘¡Oh, dioses! (...) ¿Será bien que igualmente alumbren?’ (...) Y luego uno dellos fue corriendo y dio con un conejo en la cara de Tecuciztécatl. Escurecióle la cara y ofuscóle el resplandor, y quedó como agora está su cara. (Sahagún, p. 481)

2.3 El Mictlán y la creación del hombre

La *Historia de México* y la *Leyenda de los Soles* narran una historia parecida de la creación y de los Soles. Sin embargo, ponen el acento en otro aspecto: tras el diluvio, Quetzalcóatl (llamado aquí Ehécatl) vuelve a crear al hombre en Tamoanchán utilizando para ello los huesos de los hombres percidos en los Soles anteriores, y que debe ir a traer personalmente del inframundo o Mictlan. Como en otros mitos de diversas culturas, el nacimiento del hombre implica un viaje del creador a las profundidades del infierno para extraer de allí la fuerza vital. En este caso, se trata de una narración de tipo escatológico en el sentido que la atribuye Kirk: “Finalmente, queda una categoría (...), la de los mitos escatológicos: cómo los dioses o los mortales difuntos llegan a parar bajo tierra, qué es lo que ven en su camino hacia allí, la geografía del infierno y el aspecto que tienen sus gobernantes y los súbditos de éstos (...)” (Kirk, p. 269).

El mencionado mito es como sigue: “Todo esto hecho, deliberaron acerca de hacer al hombre que poseyera la tierra los dioses Tezcatlipoca y Ehécatl. En seguida el dicho Ehécatl descendió al infierno a buscar de Mictlantecutli, ceniza de difuntos para hacer otros hombres” (*Historia de México*, p. 106). Este dios del infierno exige a Quetzalcóatl superar una prueba antes de entregar los huesos: debe hacer sonar un caracol que no tiene huecos para tocarlo: el problema se soluciona gracias a los gusanos que agujerean el instrumento, e incluso las propias abejas vienen a hacerlo sonar. Mictlantecuhtli entonces presta los huesos preciosos, pero poco después se arrepiente, pues cae en cuenta de que Quetzalcóatl no planea devolverlos jamás. “(...) y tan luego como lo hubo entregado, se arrepintió mucho, pues esta era la cosa que más quería de todo cuanto tenía. Y por ello siguió a Ehécatl para quitarle el hueso, pero al huir Ehécatl se le cayó y se rompió, por lo cual, el hombre salió

pequeño, pues (...) los hombres del primer mundo eran gigantes en grandor” (*Historia de México*, p. 106).

Una vez obtenida la materia prima y llevada por Quetzalcóatl a Tamoanchán, el creador debe practicar un ritual que permita insuflar a ésta la vida: “Después que los hizo llegar, los molió la llamada Quilachtli (...) [ó] Cihuacóhuatl, que a continuación los echó en un lebrillo precioso. Sobre él se sangró Quetzalcóhuatl su miembro; y en seguida hicieron penitencia todos los dioses (...)” (*Leyenda de los Soles*, p.121). “Los cuales juntos se sacrificaron la lengua, y así comenzaron el primer día de la creación del hombre, formándole el cuerpo, el cual se movió enseguida (...)” (*Historia de México*, p. 106).

Como puede observarse, este mito contiene diversos aspectos reconocibles en otros mitos de creación: El héroe debe bajar al inframundo, ha de superar pruebas en las que es asistido por animales, y logra volver al mundo humano trayendo la materia prima de la creación. Se trata de lo que Mircea Eliade llamaría un mito de *regressus ad uterum*, en que “el ‘retorno al origen’ prepara un nuevo nacimiento, pero éste no repite el primero, el nacimiento físico. (...) La idea fundamental es que para acceder a un modo superior de existencia, hay que repetir la gestación y el nacimiento, pero se repiten ritualmente, simbólicamente (...)” (Eliade, p.95).

Los mitos que he presentado arriba son todas narraciones cosmogónicas. En ellos no tienen cabida el tiempo cotidiano ni los problemas de los mortales comunes; se refieren sólo a las grandes creaciones de los dioses. Se ciñen estrictamente a la definición de mito de Mircea Eliade: “cuenta una historia sagrada; relata un acontecimiento que ha tenido lugar en el tiempo primordial, el tiempo fabuloso de los ‘comienzos’. (...) cuenta cómo gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia (...)” (Eliade, p. 12). La historia que se narra, efectivamente, es sagrada, ocurrida en un momento atemporal, y protagonizada por personajes divinos. Involucra la creación de todo el cosmos, las luminarias y el propio hombre.

En el apartado siguiente analizaremos los mitos relacionados con el que prefiero llamar Quetzalcóatl hombre, y veremos cómo los temas narrados carecen de estos elementos cosmológicos y escatológicos, y hacen referencia a situaciones identificables como más humanas y mundanas.

3. Quetzalcóatl hombre

La historia de Quetzalcóatl hombre hace referencia a las hazañas de un rey o sacerdote de Tula, ciudad del actual estado de Hidalgo en el México central. A lo largo de diversas versiones, se nos presenta a un héroe cultural cuyo rasgo central parece haber sido el ser un maestro para los suyos, tanto de las artes manufactureras como de la más alta espiritualidad religiosa. En ocasiones también se le identifica como un rey relacionado, bien con la fundación de Tula, bien con su caída. Los detalles muchas veces precisos de la narración y la profusión de topónimos perfectamente identificables indican que se está hablando de lugares y tiempos concretos, que podrían llegar incluso a interpretarse como indicios de eventos realmente históricos. En todo caso, no estamos aquí ante un mito cosmogónico como el ya presentado arriba. Esto no elimina la posibilidad de que algunos apartes de la narración puedan ser interpretados como una especie de mitos de origen o nuevas formas de creación, y que buen número de sus elementos puedan ser interpretados como temas míticos característicos, según se verá.

En este apartado defenderé también la hipótesis de que el Quetzalcóatl hombre que presentan las fuentes puede dividirse a su vez en por lo menos dos personajes distintos, con funciones diferentes. El primero de ellos habría sido un sacerdote sabio y asceta, que habría sido expulsado de Tula por motivos religiosos. El segundo habría sido un rey tulano algo posterior, identificable también con el nombre de Huémac, que habría tenido que enfrentar el cataclismo político definitivo que llevó a la caída de Tula. Presentaré, entonces, la historia del Quetzalcóatl sacerdote desde su nacimiento hasta su desaparición final, y luego comentaré sobre la historia de Huémac y el fin de Tula, no menos trágica.

3.1 Nacimiento de Quetzalcóatl

Hay muchas versiones del nacimiento de Quetzalcóatl. En las más naturalistas el personaje es simplemente hijo de un rey y heredero al trono, y en las más fantásticas su nacimiento es milagroso. Existe también al menos una versión en la que Quetzalcóatl no es

siquiera oriundo de la región en que se desarrolló su historia, sino un extranjero que llegó al centro de México desde un lugar desconocido.⁵ Pero sin duda el rasgo común en casi todos los casos es que su advenimiento parecer estar signado desde el comienzo por el conflicto.

En las versiones de la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, la *Historia de México* y en la *Leyenda de los Soles*, Quetzalcóatl es hijo del dios cazador Camaxtle (también llamado Mixcóatl), númen de los chichimecas, gentes rústicas que llegaron a la zona central de México provenientes del norte, y de quienes se dice que no labraban la tierra ni construían viviendas, pues subsistían de la caza y vivían en cuevas. Según la *Leyenda de los Soles*, este padre divino concibe a Quetzalcóatl tras una singular lucha con la madre. En esta versión, Chimalman, la madre de Quetzalcóatl es una mujer guerrera natural de Huiznáhuac, que emprende con Mixcóatl un singular combate de seducción:

Luego fue Mixcóhuatl a conquistar Huiznáhuac: a su encuentro salió la mujer Chimalman, que puso en el suelo su rodela, tiró sus flechas y su lanzadardos, y quedó en pie desnuda (...). Viéndola, Mixcóhuatl le disparó sus flechas: la primera que le disparó, no más le pasó por encima y ella sólo se inclinó; la segunda que le disparó, le pasó junto al costado (...); la tercera que le disparó, solamente la cogió ella con la mano; y la cuarta que le disparó, la sacó por entre las piernas. Después de haberle disparado cuatro veces, se volvió Mixcóhuatl y se fué. La mujer inmediatamente huyó a esconderse en la caverna de la barranca grande. (...) Nuevamente fué Mixcóhuatl y otra vez ella le sale al encuentro: está de igual manera en pie, descubriendo sus vergüenzas; de igual manera puso en el suelo su rodela y sus flechas. Otra vez con repetición le dispara (...). Después de que esto pasó, la toma, se echa con (...) Chimalman, la que luego se empenó. (*Leyenda de los Soles*, p.124)

La historia continúa con la muerte de la madre en el parto. El niño es criado entonces por Quilaztli, también llamada Cihuacóatl. En la *Historia de México*, este nacimiento ocurre en Michatlauhco y la crianza queda a cargo de los abuelos.

El *Códice Vaticano A* (7 resto) ofrece una versión mágica del nacimiento de Quetzalcóatl, haciendo uso de un motivo de concepción divina habitual en la mitología del centro de México: la madre de Quetzalcóatl, Chimalman, concibe a su hijo por medio de una mota

⁵ “(...) Topiltzin era un hombre advenedizo de tierras extrañas, que casi quieren certificar que apareció en esta tierra, porque ninguna relación puede hallar[se] de qué parte hubiese venido” (Durán, p.10).

que cae sobre su seno mientras barre su casa. Esta acción de barrer tenía para las mujeres connotaciones religiosas, pues barrían obsesivamente la vivienda y los templos, de modo que no es extraño que algún fragmento de la divinidad cayese sobre una de ellas durante esta acción. En otra versión semejante, la madre de Quetzalcóatl concibe tras tragarse un *chalchihuitl* o piedra preciosa (*Anales de Cuauhtitlán*, p. 7), también un elemento que con frecuencia adornaba las estatuas de los dioses.

Las versiones de los *Anales de Cuauhtitlán*, de la *Relación de la genealogía* y de *Ixtlilxóchitl* son mucho más naturalistas. Según las dos primeras, Quetzalcóatl habría sido el heredero al trono de su padre, el rey tolteca Totepeuh (escrito también Totehéb). En la tercera, lo habría sido del rey Iztacquauhtzin. *Ixtlilxóchitl* inclusive nos narra toda una genealogía de reyes toltecas, hasta llegar al penúltimo, el padre de Topiltzin. Sobre el nombre de la madre de Quetzalcóatl hay, en cambio, un gran consenso. En la mayoría de las versiones se le llama Chimalman.⁶ Sólo en una ella es Quetzalxochitzin, esposa de un principal, y amante del padre de Quetzalcóatl (*Ixtlilxóchitl*, p.66).

En cuanto a la fecha del nacimiento de Quetzalcóatl, el *Códice Vaticano A* señala el año 1-Caña (en náhuatl, Ce-Ácatl) (p. 9 verso). Esta fecha está indisolublemente asociada de un modo u otro al personaje en casi todas las fuentes, y da lugar a uno de los nombres con que se le denomina.

3.2 Juventud de Quetzalcóatl

Algunas de las versiones dan importancia a los acontecimientos ocurridos en la juventud del héroe, y que habrían de marcar los sucesos siguientes. En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, antes de llegar a ser rey de Tula, el joven Ce Acatl pasa siete años en penitencia andando solo por los montes y sacrificando su sangre para lograr que los dioses le hagan gran guerrero, tras lo cual los tulanos le llevan a su ciudad para elegirle rey. En la *Leyenda de los Soles* inclusive acompaña un tiempo a su padre en sus conquistas, y tiene su primer éxito bélico en Xihuacan, donde obtiene cautivos (p.124-125). También en los *Anales de Cuauhtitlán* Quetzalcóatl anduvo por otros lugares antes de ser rey de Tollan:

⁶ Otras grafías: Gómara: Chimalmath; Motolinía: Chimamatl; *Anales de Cuauhtitlán*: Chimanan.

estuvo primero cuatro años en Tollantzinco, donde inició su vida mística, pues allí habría construido su primera casa de ayunos, que quizás por entonces no pasaba de ser una tienda; luego pasó a vivir a Cuextlán.

Pero en otras versiones, las cosas no son tan sencillas para el héroe, al que acontecen graves tragedias familiares. En la *Historia de México*, Quetzalcóatl es el hijo preferido de su padre, el rey cazador Camaxtle, y por tanto sus hermanos planean matarle. Lo intentan varias veces con distintas tretas, sin resultado. Matan, entonces, al padre. Luego intentan inclusive engañar a Quetzalcóatl para lograr que realice determinados sacrificios, que él no está nada dispuesto a hacer. Él rehuye todas estas artimañas de sus hermanos, y finalmente los mata a todos a flechazos.

En la *Leyenda de los Soles*, también el padre es víctima de sus parientes, esta vez de sus hermanos Apanécatl, Çolton y Cuilton, tíos de Quetzalcóatl.⁷ Estos asesinan al padre y luego van a enterrarle. Según los *Anales de Cuauhtitlan*, a los 9 años de edad, Quetzalcóatl empieza a indagar por lo que ha ocurrido, y se entera del asesinato (p.7). El águila Cozcaquauhtli le revela la verdad y le indica dónde buscar los restos (*Leyenda de los Soles*, p.125). Quetzalcóatl desentierra los huesos de su padre y va a darles sepultura en un nuevo templo a él dedicado, el Mixcoatépetl. Los tres tíos asesinos pretenden ser los primeros en encender fuego en el templo, pero Quetzalcóatl llega primero y se les adelanta. Los tíos enfurecidos tratan de darle alcance en lo alto del templo subiendo de prisa por las gradas. Pero Quetzalcóatl los ataca y los arroja por las escaleras abajo. Luego los atormenta y los mata cortándoles el pecho a manera de sacrificio.

3.3 Gobierno e ideología de Quetzalcóatl

La ciudad de Tula de los tiempos de Quetzalcóatl era recordada siglos después, tras la Conquista española, como un lugar de prosperidad y riqueza fabulosas, y como una metrópoli de gran excelencia cultural que habría inventado y difundido lo mejor de las artes manuales. Se le engrandecía y mitificaba de tal manera, que su época podría llegar a

⁷ En la *Relación de la genealogía*, el asesino es uno sólo de éstos, Atepanécatl, que es aquí cuñado del padre de Quetzalcóatl.

considerarse una Edad de Oro en el sistema de creencias mesoamericano. Se consideraba que de ella procedía todo lo mejor de la cultura del centro de México, de manera que los pueblos que arribaron posteriormente intentaron siempre encontrar la manera de entroncar su linaje con el de los antiguos tulanos. La idealización de un momento histórico anterior, considerado de esplendor superior al actual, es un motivo mítico común en todas las sociedades. Como bien lo dice Mircea Eliade, “[i]ndudablemente, en muchos casos este estado paradisíaco ‘original’ representa la imagen idealizada de la situación cultural y económica anterior (...) No es el único ejemplo de una mitificación del ‘estado originario’ de la ‘historia antigua’ concebida como una Edad de Oro” (Eliade, p.85).

Algunas crónicas expresan esta situación. Sahagún y los *Anales de Cuauhtitlán* presentan a Tula como un paraíso en que se daban en forma fabulosa los productos más preciados: “dicen (...) que el maíz era abundantísimo, y las calabazas muy gordas, de una braza en redondo, y las mazorcas de maíz eran tan largas que se llevaban abrazadas, y las cañas de bledos eran muy largas y gordas (...) y que sembraban y cogían algodón de todas colores, que son colorado y encarnado y amarillo y morado, blanquecino y verde y azul y prieto y pardo y naranjado leonado (...) [y] se criaban muchos y diversos géneros de aves de pluma rica y colores diversas (...). Y más, tenía el dicho Quetzalcóatl (...) oro, plata y piedras verdes (...) y mucha abundancia de árboles de cacao de diversos colores, que se llaman *xochicacáhuatl*” (p. 208).

Según los *Anales de Cuauhtitlán*, Quetzalcóatl fue entronizado como rey de Tula en un año 5-Calli. Ni siquiera vivía por entonces en la ciudad, pero los toltecas fueron a traerlo para que subiese al trono. Según esta versión, Quetzalcóatl no sólo fue rey en Tula, sino también el sumo sacerdote (p. 7). Para Ixtlilxóchitl, esta ascensión al trono habría encontrado de entrada la oposición de varios señores locales suficientemente poderosos como para poner en entredicho el derecho de sucesión de Quetzalcóatl (p.66).

La *Relación de la genealogía* y la *Historia de México* remontan la historia más atrás, y más bien nos presentan a Quetzalcóatl como guía del peregrinar de los toltecas desde su lugar de origen hasta el centro de México: “Pasados los dieciséis años de su señorío, determinó de venirse a estas partes y trujo mucha gente consigo, de la cual se murió gran parte della en el camino. (...). En este camino tardaron diez años. El primer pueblo do poblaron después de llegados a esta tierra fue Tulancingo. No estuvieron en él más de

cuatro años, do hicieron algunas casas pequeñas. Pasados los cuatro años, fueron a poblar a Tula (...)” (*Relación de la genealogía*, p.108).

En versiones como la *Leyenda de los Soles* y la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, Quetzalcóatl es un rey valiente y guerrero a quien se atribuyen muchas conquistas. Sin embargo, las narraciones en que el personaje es considerado un típico rey con funciones militares y ansias de conquista resultan bastante someras al lado de aquellas que se exhiben en su caracterización como un sacerdote asceta.

Quetzalcóatl parece haber sido principalmente el gran inspirador del pensamiento místico mesoamericano. La mayoría de fuentes lo presentan como un sabio maestro que con su ejemplo predicó y logró instaurar a largo plazo prácticas religiosas de culto, ayuno, autosacrificio y penitencia que perduraron hasta el inicio de la época colonial. Gómara describe así la vida ascética por la que propendía Quetzalcóatl:

Fue este Quezalcoatlh hombre honesto, templado, religioso, santo, y como ellos dicen, dios. No fue casado ni conoció mujer. Vivió castísimamente, haciendo muy áspera penitencia con ayunos y disciplinas. Predicó, según se dice, la ley natural, y la enseñó con obras, dando ejemplo de buenas costumbres. Instituyó el ayuno, que antes no lo usaban, y fue el primero que en esta tierra hizo sacrificio de sangre; mas no como ahora lo hacen estos indios con muerte de infinitos hombres, sino sacando sangre de las orejas y lenguas, por penitencia (...). (Gómara, p.433-434)

El mismo autor insiste en la preferencia de Quetzalcóatl por los sacrificios de animales pequeños: “(...) virgen, como ellos dicen, y de grandísima penitencia; instituidor del ayuno, del sacar sangre de lengua y orejas, y de que no se sacrificasen más que codornices, palomas y cosas de caza” (Gómara, p. 161). Los *Anales de Cuauhtitlan* insisten sobre la ausencia de sacrificios humanos, que se hicieran luego tan comunes en el centro de México: “Sahumaba las turquesas, las esmeraldas y lo corales; y su ofrenda era de culebras, pájaros y mariposas (...)” (p. 8).

Las prácticas religiosas privadas de Quetzalcóatl son descritas en varias fuentes. Durán ofrece esta caracterización: “Estaba siempre recogido en una celda, orando, el cual pocas veces se dejaba ver (...); tenía por ejercicio el edificar altares y oratorios por todos los barrios y poner imágenes en las paredes y besar la tierra, algunas veces con la boca, otras

veces con la mano; el ejercicio del cual era continua oración; dormía siempre en la peaña del altar que edificaba en el suelo (...)” (p.9).

También los *Anales de Cuauhtitlan* hablan del pleno recogimiento: “Cuando vivía no se mostraba públicamente: estaba dentro de un aposento muy obscuro y custodiado; le custodiaban sus pajes en muchas partes, que cerraban; su aposento era el último, y en cada uno estaban sus pajes y en ellos había esteras de piedras preciosas, de plumas de *quetzalli* y de plata” (p. 8).

Sahagún nos describe también algunos de los aspectos del ritual: “(...) Quetzalcóatl hacía penitencia punzando sus piernas y sacando la sangre con que manchaba y ensangrentaba las puntas de maguey, y se lavaba a la media noche en una fuente que se llamaba Xippacoya, y esta costumbre y orden tomaron los sacerdotes y ministros de los ídolos mexicanos (...)” (p. 209). La fuente, llamada también Atecpanamochco, era parte importante de este ritual, y a ella bajaba Quetzalcóatl continuamente (*Anales de Cuauhtitlán*, p. 8).

La predicación también hizo parte de las prácticas de Quetzalcóatl y sus seguidores: “(...) él y sus discípulos salían a predicar por los pueblos, y subían a los cerros a predicar, y que sus voces se oían de dos y tres leguas, como sonido de trompeta” (Durán, p.10). En el *Códice Vaticano A*, se señala el monte Tzatzitépetl como el lugar específico en que se predicaba para ser escuchado a grandes distancias. En dicha fuente, se puede ver un dibujo que representa a Xipe Totec --quien es allí un discípulo de Quetzalcóatl-- parado sobre este “monte parlante” pregonando la doctrina de Quetzalcóatl en calidad de nuevo converso (p. 8 resto).

Un rasgo muy mentado en las crónicas sobre Quetzalcóatl es el de ciertas casas de ayuno por él fundadas. Generalmente se habla de cuatro de ellas, y se caracterizan por sus colores y por los materiales lujosos de los que supuestamente estarían hechas.

Así, en los *Anales de Cuauhtitlan* se dice que fue en un año 2-Acatl cuando Quetzalcóatl empezó a construir sus casas de ayuno. Según se da a entender allí, pudo tratarse de una sola construcción distribuida en cuatro habitaciones o dependencias: una de tablas verdes, otra de corales, otra de caracoles y otra de plumas de *quetzalli* (*Anales de Cuauhtitlán*, p. 8).

Sahagún no especifica la función que tuvieron estas casas, pero exagera su número y hace despliegue de los lujosos materiales que las constituirían: “Y tenía unas casas hechas

de piedras verdes preciosas que se llama chalchihuites, y otras casas hechas de plata, y más otras casas hechas de concha colorada y blanca, y más otras casas hechas todas de tablas, y más otras casas hechas de turquesas, y más otras casas hechas de plumas ricas” (p. 208).

El *Códice Vaticano A* es particularmente específico en su descripción de las cuatro casas de Quetzalcóatl. Aquí no son caracterizadas únicamente por sus colores o materiales de fabricación, sino que se les atribuyen funciones concretas como casas de penitencia:

zacuancalli o casa de ayunos para hombres santos; *nezahualcalco*, o casa de ayuno común; *couacalco* o casa del temor; y *tlazapochcalco* o prisión de tristeza y llanto. Al respecto se explica allí mismo:

En la primera casa ayunaban los señores y los más nobles del pueblo; en la segunda, la gente común; en la tercera era la casa del temor o por otro nombre, casa de la serpiente, en la cual no habían de levantar el ojo de la tierra todos los que entraban o estaban en ella; la cuarta casa era el templo de la vergüenza, a la cual mandaban a todos los pecadores y hombres que vivían mal, y queriendo injuriar a alguno, decían vete al Tlazapochcalco. (7 verso)

Los lujosos materiales que se atribuyen a la hechura de estas casas han hecho que algunos autores las consideren fabulosas, o que se busque dar alguna explicación a ello. Aparte de la más obvia opción de concentrarse en los colores de tales materiales y asociarlos con los cuatro puntos cardinales (cosa muy probable si se tiene en cuenta la iconografía mesoamericana), se han intentado dar otras explicaciones interesantes. Davis (p.49-50), por ejemplo, plantea la hipótesis de que tales casas pudieron estar simplemente decoradas con pinturas que representaban los materiales lujosos. O que simplemente tal vez no tenían un tamaño habitual, sino que se trataba más bien de pequeños oratorios portátiles, teniendo en cuenta que la palabra náhuatl *calli* no sólo significa “casa”, sino también puede ser “caja”. Esta opción sin embargo, no concuerda con la descripción que se hace de estas casas, según la cual eran usadas realmente para hacer ayunos. Opino que sería más aceptable pensar que los materiales a los que aluden las fuentes pudieron ser emblemáticos, utilizados en algún lugar visible de la decoración exterior, por ejemplo en la parte superior del techo; o que simplemente se trata de un aspecto simbólico utilizados en los dibujos de los códices antiguos para diferenciarlas una de otra.

Según las versiones arriba presentadas, Quetzalcóatl habría sido, pues, un sacerdote místico, asceta y recluso, entregado a penosas penitencias y predicador de una doctrina de virtud. Habría tenido un amplio grupo de seguidores y habría inaugurado una importante institución dedicada al ayuno, que habría de tener continuidad en la historia sucesiva del centro de México.

3.4 Caída de Quetzalcóatl

Las circunstancias de la caída de Quetzalcóatl han despertado la imaginación y el interés de generaciones de mesoamericanos prehispánicos, y de gran número de investigadores de la actual era. ¿Por qué un héroe civilizador, tan apreciado que habría de pervivir en el recuerdo colectivo por siglos, habría de resultar expulsado para siempre de Tula? Las fuentes dan información muy crítica a este respecto, y sólo leyendo entre líneas es posible llegar a conjeturas que expliquen al menos parcialmente lo ocurrido. Los comentaristas han planteado dos hipótesis principales a partir de las narraciones sobrevivientes: o bien Quetzalcóatl cayó a causa de un enfrentamiento con una facción religiosa rival, o bien lo hizo con ocasión de una crisis política interna en Tula. La primera de estas hipótesis implica una visión de Quetzalcóatl principalmente como sacerdote, y la otra fundamentalmente como gobernante secular.

De la lectura de las fuentes es posible deducir por igual ambas posibilidades. De hecho, según vimos, Quetzalcóatl es caracterizado a veces como un rey guerrero, valiente y gran conquistador, y otras como un sacerdote asceta, penitente y en permanente reclusión. En algunas fuentes, inclusive llegan a aparecer alternativamente las dos opciones. Esto ha hecho que la interpretación de lo ocurrido resulta particularmente difícil.

Según manifesté ya arriba, considero que no es el mejor enfoque intentar atribuir todas las narraciones a un solo personaje. Así como ya hemos distinguido entre el dios y el hombre Quetzalcóatl, podemos ahora separar a éste último por lo menos en dos personajes más, caracterizado cada uno de ellos claramente. La hipótesis que guiará los siguientes apartados es, por tanto, que podemos distinguir entre el Quetzalcóatl sacerdote, y su homónimo, rey de Tula. El primero de ellos habría vivido una existencia monacal, aunque

no por ello poco influyente en términos sociales a causa de las actividades proselitistas de sus seguidores. El segundo habría sido un rey conquistador que habría enfrentado ineficientemente insalvables disensiones entre sus súbditos, y habría llevado así a la sociedad tulana al colapso. El fin de Tula, pues, no ha de asociarse con el Quetzalcóatl sacerdote, sino más bien con el gobernante del mismo nombre, quien también habría sido conocido como Huémac.

Dos fuentes al menos –Sahagún e Ixtlilxóchitl-- apoyarían esta hipótesis. En la versión de Ixtlilxóchitl, la historia de Quetzalcóatl resulta dividida expresamente entre dos personajes de épocas distintas, uno llamado Quetzalcóatl y el otro Topiltzin. Quetzalcóatl habría sido un forastero que en tiempos de la tercer Sol o Edad del mundo habría arribado por oriente a Cholula, y a las ciudades de los olmecas y los xicalancas, a predicar una doctrina de virtud; mas viendo el poco provecho que los locales tomaban de su labor, se habría regresado por el mismo camino que vino, anunciando que volvería. Topiltzin habría pertenecido, en cambio, a la nación de los toltecas, la cual habría llegado al centro de México en tiempos del cuarto Sol, o edad actual. Este rey habría tenido que enfrentar la caída de Tula a causa de las disensiones políticas y una gran calamidad alimentaria; tras huir de la ciudad, habría sido puesto en paradero desconocido por sus enemigos, aunque uno de sus dos hijos le sobreviviría. Hay, pues, en esta versión, una distinción explícita entre dos caracteres, bien definido cada uno por sus atribuciones y su historia. Cada uno de ellos asume algunas de las características que en otras versiones se adscriben simplemente a un solo nombre.

Sahagún presenta una versión parecida. Distingue claramente entre dos personajes involucrados en la historia del fin de Tula: Quetzalcóatl y Huémac. La narración deja ver con claridad que el primero era un sacerdote y el segundo un gobernante secular. Sahagún narra los hechos de tal manera que parecería que ambos fueran coetáneos y que sus historias fuesen paralelas. Mezcla en una sola historia los temas relacionados con los dos personajes, y narra de un tirón diversas conspiraciones, de tal manera que deja la impresión de que todas en últimas estarían dirigidas contra Quetzalcóatl, y sólo tangencialmente contra Huémac. Sin embargo, si se evita la lectura secuencial del códice y se intenta separar los apartes dedicados al tema político de aquellos dedicados al religioso, los hechos toman una sorprendente coherencia, y muestran que se trata de dos series de eventos separadas.

Dividiré, pues, los datos aportados por Sahagún: presentaré en esta sección los que corresponden a Quetzalcóatl, y dejaré para más adelante los atribuidos a Huémac.

El Quetzalcóatl sacerdote habría visto su vida religiosa interrumpida por la oposición de una facción religiosa rival, interesada quizás en frenar el avance del culto propuesto por Quetzalcóatl, pero especialmente en imponer en Tula los sacrificios humanos, no favorecidos por él. En varias fuentes el tema es presentado explícitamente. Por ejemplo, fray Diego Durán, gran admirador del que considera el apóstol cristiano Quetzalcóatl, ve claro este motivo: “Contra Topiltzin y contra sus discípulos se levantó gran persecución, que oí certificar que se levantó guerra contra ellos, porque el número de gente que había tomado aquella ley, era mucha, y los que seguían la predicación de aquel santo varón y de sus discípulos” (Durán, p.11). *Los Anales de Cuauhtitlan* y la *Relación de la genealogía* se refieren al conflicto generado por el tema de los sacrificios humanos:

Se refiere que (...) reiteradamente quisieron engañarle los demonios, para que hiciera sacrificios humanos, matando hombres. Pero él [Quetzalcóatl] nunca quiso ni condescendió (...), sino que su sacrificio era siempre sólo de culebras, aves y mariposas que mataba. Se cuenta que esto enfadó a los demonios, que comenzaron a escarnecerle cuando le dijeron lo que querían, para molestarle y hacerle huir (...). (*Anales de Cuauhtitlan*, p. 8)

Según Durán y la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, el enemigo principal de Quetzalcóatl fue el dios Tezcatlipoca (llamado también Titlacahuan). Éste habría fraguado cuidadosamente un plan para desprestigiar a Quetzalcóatl públicamente y hacerle huir cargado de vergüenza. Puesto que la fuerza del místico estaba en su pureza, había que lograr que la perdiese.

La interesante historia de la conspiración empieza en Sahagún (p. 209) en el momento en que se presenta Tezcatlipoca en el palacio de Quetzalcóatl bajo la forma de un viejo que exige ver al sacerdote. Primero es rechazado repetidas veces por lo pajes; pero luego el propio sacerdote hace que le dejen pasar, como si le esperase y anticipase de algún modo su propio fin. Quetzalcóatl está enfermo, y el viejo aprovecha esto para presentarle una medicina que pretendidamente ha de sanarle: licor de magüey. Como era de esperarse, Quetzalcóatl se niega a beberlo, pues contraviene su ayuno. Pero el viejo insiste mañosamente y logra que pruebe un poco. Luego Quetzalcóatl bebe, ya sin contenerse.

Entonces, ya borracho, se entristece, pues cae en cuenta de su destino, que le es anunciado por Tezcatlipoca: deberá marcharse de Tula hacia la lejana Tullan Tlapallan.⁸

En Durán, la conspiración fraguada por Tezcatlipoca busca también el desprestigio de Quetzalcóatl, tratando esta vez de hacerle perder la castidad, o por lo menos lograr que así lo parezca públicamente:

(...) estos hechiceros, estando él ausente en su retraimiento, con mucho secreto le habían metido dentro a una ramera, que entonces vivía, muy deshonesto, que había [por] nombre Xochiquetzal. Y que habiendo vuelto a su celda Topiltzin e ignorado lo que dentro había, habiendo aquellos malvados publicado cómo Xochiquetzal estaba en la celda de Topiltzin, para hacer perder la opinión que de él se tenía (...). (Durán, p.14)

Existe otra serie de historias de engaños relacionados con Tezcatlipoca que figuran en la *Historia de México*, en los *Anales de Cuauhtitlan* y en Sahagún. Se trata de varias versiones de una narración en la que el antagonista intenta embaucar a Quetzalcóatl con ayuda de un espejo. La narración resulta bastante críptica por cuanto resulta difícil determinar cuál pudo ser el valor simbólico que para los seguidores del mito tendría la imagen especular. La única asociación clara, pero que de todos modos no despeja ninguna otra incógnita, es que el nombre *Tezcatlipoca* significa “espejo que humea”. La narración de este tema en la *Historia de México* es la siguiente:

Un día, pues, fue Tezcatlipoca al templo de Quetzalcóatl. Había una efigie de Quetzalcoatl y un espejo que los indios estimaban mucho, pues según Quetzalcoatl les había hecho creer, por medio de este espejo siempre había de haber lluvias y si se la pidieran por este espejo, él se las daría. Entrando, pues, Tezcatlipoca al templo encontró los guardias dormidos y se fue derecho al altar y robó el espejo y lo escondió debajo del palacio en donde dormían los guardias, lo que hecho se marchó. Habiendo despertado los guardias, como buscaran el espejo, estaban muy diligentes buscándolo, pero Tezcatlipoca encontró a una vieja en su

⁸ En esta versión de Sahagún aparece un tema que no figura en las otras versiones. Tezcatlipoca anuncia a Quetzalcóatl que el objetivo de su salida de Tula será el de ir al encuentro de un viejo que le estará esperando para hacerle recobrar la juventud. Dicha línea argumental, sin embargo, luego se pierde, sin que jamás se narre ninguna renovación del héroe. Posiblemente, pues, se trataría del conocido tema del dios enfermo y viejo que debe morir para resurgir renovado, añadido aquí al tema principal del mito.

camino y le dijo: Vete al palacio y di a esos guardias que lo que buscan está debajo de su palacio y serás bienquista de ellos. Lo hizo la vieja. (*Historia de México*, p. 114-115)

Los *Anales de Cuauhtitlan* traen otra versión del mismo tema (p.8-10). En ella los enemigos del rey son Tezcatlipoca, Ihuimécatl y Toltécatl, quienes pretenden hacerlo marchar para disponer ellos del territorio. La conspiración por ellos fraguada, está dividida en tres crípticas fases. En la primera parte del plan, Tezcatlipoca propone que hay que llevarle a Quetzalcóatl un espejo para, según dice el texto, “darle su cuerpo”. Afirmando ser un vasallo que viene del monte Nonohualcatépetl, se presenta en el palacio a tratar de convencer a los guardas que le dejen entrar con el espejo a ver a Quetzalcóatl. El sacerdote es el primer sorprendido con el anuncio del motivo de la visita, pues para él (como para nosotros) no resulta claro qué puede ser aquello de que “le den su cuerpo”. Por fin dejan entrar a Tezcatlipoca, y éste entrega el espejo a Quetzalcóatl para que se mire: “Mírate y concóctete, hijo mío –le dice--; que has de aparecer en el espejo”. Quetzalcóatl se asusta de lo que ve, pues está con muy mala apariencia, enfermizo y avejentado, quizás. “Si me vieran mis vasallos, quizá corrieran –exclama. (...). Nunca me verá mi vasallo, porque aquí me estaré”.

Logrado este extraño objetivo de confrontar a Quetzalcóatl con su imagen y hacer que decida ocultarse del público, los conspiradores continúan con la segunda parte del plan. Tezcatlipoca e Ihuimécatl llaman a un experto en plumería llamado Coyotlinahual y lo mandan a que se ofrezca a arreglar a Quetzalcóatl para una aparición pública: “Hijo mío –le dice Coyotlinahual al sacerdote--, yo digo que salgas a que te vean los vasallos; voy a aliñarte, para que te vean.” El artesano hace a Quetzalcóatl su insignia de plumas (*apanecayotl*), luego le pone su máscara verde, le colorea de rojo los labios y de amarillo el rostro, le hace unos colmillos y le ciñe una barba de plumas. Luego le da el espejo para que se vea. Quetzalcóatl queda muy contento y accede a salir en público. Luego Coyotlinahual va a notificarle su éxito a Ihuimécatl: “Hice salir a Quetzalcóatl—dice; ahora anda tú”.

La tercera parte del plan consiste en emborrachar a Quetzalcóatl. Ihuimécatl y Toltécatl se van a Xonacapacoyan, y allí dedican varios días a cocer diversas viandas y a preparar una buena dosis de pulque. Luego se presentan con todo esto en la casa de Quetzalcóatl. Los guardias varias veces les niegan la entrada, hasta que los conspiradores afirman ser

naturales de Tamacaztépéc y de Toltecatépéc, con lo cual se les franqueó el acceso. Los visitantes dan la cena a Quetzalcóatl, y luego lo instan a que beba el pulque. Él se excusa, pues dice estar ayunando. Ellos insisten, y le dicen que al menos lo pruebe con el dedo meñique. Quetzalcóatl accede, y entonces le gusta tanto que toma cinco raciones de una vez. Cuando ya Quetzalcóatl está borracho y sus pajes también, los enemigos comienzan a cantarle una estrofa en la que le instan a abandonar sus casas de ayuno y a marcharse de Tula.

En este punto entra en escena un nuevo personaje, una hermana de Quetzalcóatl que no está presente en las otras versiones. Completamente borracho, éste dice: “Id a traer a mi hermana mayor Quetzalpétlatl; que ambos nos embriagaremos.” La hermana, también mística, está ayunando en Nonohualcatépéc. Van los pajes por ella, y tan pronto como la traen al palacio, los conspiradores le dan también cinco raciones de pulque. Una vez borrachos ambos místicos, ya no ayunan más, ni bajan a la fuente, ni hacen penitencia ni sacrificio alguno. Cuando cae en cuenta de lo ocurrido, Quetzalcóatl decide que ya no puede hacer otra cosa que marcharse de Tula. Ordena que se recojan todas sus cosas y se escondan en la fuente ritual a donde solía bajar, y emprende la marcha hacia Tlillan Tlapallan.

3.5 Huida de Quetzalcóatl

Tras el desastre, Quetzalcóatl se ve obligado a salir de Tula en dirección a un lugar remoto llamado Tlillan Tlapallan. Se indica que tal lugar queda hacia el oriente, en la costa del Golfo, o aún más allá, allende los mares. Se dice que es la casa del Sol, y que allí Quetzalcóatl tiene propiedades y súbditos. Según ciertas fuentes, el lugar pudo estar relacionado con Coatzacoalco. La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* ubica dicho lugar aún más lejos, en Honduras. Pero, en fin, este lugar de dos colores⁹ es todo un misterio, pues no ha podido ser claramente identificado con ninguno existente actualmente, aunque los nonoalcas afirmaban haber venido justamente de allí:

⁹ Este nombre se compone de *tilli* (negro), *tlapalli* (rojo) y *lan*, sufijo locativo. Significaría, por tanto, *lugar de lo negro y lo rojo*.

Eran de extremadamente antiguo linaje los referidos nonohualcas teotlixcas tlacochcalcas. En sus papeles pintados con negro y colores han descrito la formación de su historia. Señalan allí cuál fue su patria de donde salieron, lugar llamado Tlapallan, en donde se habla el idioma nonohualco, de modo que hay que entender que decir Nonohualco es como decir Tlapallan. (Chimalpahin, p.166)

Se ha intentado buscar en el propio nombre *Tlillan Tlapallan* indicios al respecto; para algunos, el lugar pudo ser la misma costa del Golfo, en la que al anochecer el mar se haría negro bajo el rojo sol poniente; también se ha dicho que la denominación podría hacer referencia a una hoguera en la que, según algunas versiones, Quetzalcóatl resultó quemándose. Mi opinión es que el término bien pudo hacer referencia a la escritura: con frecuencia, los pueblos mesoamericanos hablan de sus lugares de origen étnico como aquellos de los que trajeron los libros en que están sus calendarios e historias sagradas; los códices pintados mesoamericanos se escribían justamente en tintas negra y roja; es decir, Tlillan Tlapallan podría bien ser el lugar de donde provenían los libros pintados de alguna nación, posiblemente la nonoalca.

Quetzalcóatl sale de Tula profusamente acompañado, pues se lleva consigo a todos sus seguidores. Para no dejar nada a los enemigos, procede a destruir sus casas de penitencia, a enterrar sus tesoros, y a cargar consigo otras cosas valiosas. En Sahagún inclusive toma la precaución de convertir los árboles de cacao en otras especie, y de envíar por delante sus aves de plumaje para que le esperen en la costa del Golfo (p. 216). En la versión de Ixtlilxóchitl, envía sus tesoros a la provincia de Quiahuiztlan, ubicada también sobre la costa. Quetzalcóatl intenta llevarse todo lo que de bueno hay en Tula, pero en medio de su huida le interceptan “los brujos enemigos” y le exigen que les entregue “todas las artes mecánicas de fundir plata y labrar piedras y madera, y pintar y hacer plumajes, y otros oficios,” y efectivamente le despojan de todo el acervo cultural de los toltecas (Sahagún, p. 217).

Sin embargo, el viaje de Quetzalcóatl hacia Tlapallan pronto deja de ser narrado como una simple huida y empieza a adoptar la forma de un mito de origen. Utilizando el paradigma temático del viaje de creación conocido en diversas narraciones míticas en el mundo, el héroe camina largamente, y a su paso va creando y nombrando los grandes hitos

en el paisaje. Pasando por muchos lugares, Quetzalcóatl puebla las regiones, crea llamativos accidentes topográficos, establece topónimos y recibe adhesiones de gentes. Así, un viaje que aparenta ser de apenas unos centenares de kilómetros, resulta extendiéndose de manera extraña en el tiempo. Como bien dice Davis, “The Tlillan Tlapallan flight frankly bears all the marks of a legend tackled on to the life of a historical personage (...)” (p.395). Por medio de este tema del viaje de creación, el mito nos muestra la profunda transformación demográfica de los territorios de Mesoamérica que se produjo en tiempos de la caída de Tula.

La presencia del tema de la creación no es extraña. Si el viaje de Quetzalcóatl ocurrió en el contexto de grandes movimientos migratorios en el centro de México, su saga estaría relacionada con el advenimiento de nuevas realidades. Por tanto, se trata de una nueva creación que genera modificaciones en lo que pudo haber antes. El fenómeno narrativo es explicado así por Eliade:

Toda historia mítica que relata el *origen* de algo presupone y prolonga la cosmogonía. Desde el punto de vista de la estructura, los mitos de origen son equiparables al mito cosmogónico. Al ser la creación del Mundo *la* creación por excelencia, la cosmogonía pasa a ser el modelo ejemplar para toda especie de creación. (...) Los mitos de origen prolongan y complementan el mito cosmogónico: cuentan cómo el Mundo ha sido modificado, enriquecido o empobrecido. (Eliade, p.35)

De esta manera, todo pueblo que pudiese estar más o menos en el camino atribuido a la saga buscaría ser incluido en la gran historia atribuyéndose alguna evidencia del paso de Quetzalcóatl por su territorio. Así, muchos hitos destacados en el entorno son asociados con el obrar del gran héroe. Durán consigna el fenómeno: “También hacían cosas por sus manos heroicas, que hoy en día me ha acontecido preguntar: ‘¿Quién hizo esta abertura en este cerro?’ o ‘¿Quién abrió esta fuente, quién descubrió esta cueva, o quién hizo este edificio?’ Responden que los tultecas, discípulos del Papa” (Durán, p.11).

Los pueblos sin escritura guardan los relatos de su historia de manera mítica, y se valen de diversos sistemas mnemotécnicos para recordarla. Uno de ellos está constituido por lo que Santos Granero llama *topogramas*, que son lugares destacados y singulares en el

paisaje. Las poblaciones ágrafas del centro de México se habrían valido, pues, de los hitos destacados de su entorno para grabar de manera permanente el recuerdo de la gran saga:

Ejemplos de topogramas hechos por seres humanos son los restos de viejas edificaciones (...), tumbas, puentes o antiguos campos de batalla. En contraste, los topogramas atribuidos a la acción de seres sobrenaturales son en general elementos naturales que destacan en el paisaje debido a su aspecto extraordinario, ya sea por su forma, tamaño o color, lo cual (...) constitu[iría] una prueba de que no son realmente ‘naturales’. (Santos Granero, p.205)

Sahagún presenta una larga lista de tales hitos (p.217-218). Por ejemplo, en Huehucuahtitlán se decía que Quetzalcóatl había apedreado un árbol grande, el cual se podía seguir viendo allí con el tronco lleno de piedras. En el lugar al que llamó Temacpalco, el héroe se sentó sobre una piedra, y sobre ella quedaron hasta hoy visibles las marcas de sus posaderas, de sus manos, y de las lágrimas que derramó al mirar hacia Tula. En llegando a una sierra, se entretuvo jugando a arrojarse sentado desde la cima (de lo cual evidentemente han quedado marcas). Hizo un juego de pelota, en el que trazó una raya, la cual es hoy una grieta profunda. Atravesó un tronco con una saeta que también era un tronco, formando así un árbol en forma de cruz. E hizo poner en un sitio una piedra grande, la cual se destaca porque es posible moverla con un solo dedo.

Dos historias que están presentes dentro del cuerpo mismo de la narración del mito son también aprovechadas para explicar la aparición de hitos en el paisaje (Sahagún, p.216-217). Una de ellas es el episodio en el que Quetzalcóatl se mira en un espejo y se ve viejo y feo. Si bien este conocido pasaje no figura en el cuerpo de la historia en la versión de Sahagún, sí aparece más adelante como el pretexto para explicar el nombre de un lugar. En Cuauhtitlán, Quetzalcóatl se mira en un espejo y constata que está viejo; por ello, el lugar muda su nombre a Huehucuahtitlán [Viejo Cuauhtitlán]. Lo mismo ocurre con la historia de la gran ebriedad de Quetzalcóatl. En cierto lugar un brujo enemigo intercepta a Quetzalcóatl y lo induce a tomar un brebaje alcohólico de la misma manera que en la narración principal; Quetzalcóatl se emborracha, se duerme y ronca; al despertar mira a todas partes y se sacude el cabello con la mano, dando lugar así a un topónimo.

Un tema interesante en esta parte del mito de Quetzalcóatl es el que podríamos llamar el de “las montañas que colisionan”. Se trata de una situación desgraciada, frecuente en las

narraciones mesoamericanas, en la que los personajes padecen un tipo singular de petrificación al verse atrapados entre dos montañas que se juntan. En el *Códice Vaticano A* (p. 9 resto), esto ocurre durante la huida de Tula. La ilustración del folio muestra cómo parte de la gente que huye con Quetzalcóatl resulta atrapada por el choque de dos montañas. Este tema se corresponde exactamente con una de las peripecias que deben sortear las almas en el segundo nivel del Mictlán o inframundo: según el *Códice Vaticano A* (p. 2 resto), en dicho lugar infernal, denominado *Montañas que se juntan*, dos montañas colisionan entre sí y atrapan a quienes intenten pasar.

El mito de Quetzalcóatl, como muchos otros, también se enriqueció con la adhesión de fábulas populares. Una de éstas, no exenta de picardía, es consignada por Sahagún en su compilación de dichos de la gente: “*Mensajero del cuervo*. Este refrán se dice del que es enviado a alguna mensajería o con algún recaudo, y no vuelve con la respuesta. Tomó principio este refrán, según se dice, porque Quetzalcóatl, rey de Tulla, vio desde su casa dos mujeres que se estaban lavando en el baño o fuente donde él se bañaba, y luego envió a uno de sus corgobados para que mirase quién eran las que se bañaban, y aquél no volvió con la respuesta. Envío otro paxe suyo con la misma mensajería, y tampoco volvió con la respuesta. Envío el tercero, y todos ellos estaban mirando a las mujeres que se lavaban, y ninguno se acordaba de volver con la respuesta” (p. 442-443).

3.6 Fin de Quetzalcóatl

Concluido el viaje creador del héroe, su historia termina con su desaparición en Tlapallan. Como en muchas otras sagas de héroes en el mundo entero, el de esta historia simplemente desaparece en un lugar liminal, en este caso, la orilla del mar. Siguiendo también aquí un tema mítico universal, su fin es, sin embargo, sólo el comienzo de la esperanza de su regreso. Como dice Eliade, “incluso allí donde no se habla de un fin catastrófico, la idea de una regeneración, de una recreación del Mundo constituye el elemento esencial (...)” (p.85).

Existen varias versiones del fin de Quetzalcóatl. Las más lacónicas dicen que, en llegando a Tlapallan o a la costa del Golfo, simplemente murió. Otras declaran que embarcó en la orilla del mar y se marchó, dejando dicho que habría de volver algún día.

Entre el primer tipo de versiones, la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* dice simplemente que Quetzalcóatl “llegó a Tlapalla y el día en que llegó cayó malo y murió” (p. 38). La *Leyenda de los Soles* afirma de modo parecido que, en llegando a Tlapallan, estuvo cinco días enfermo, y enseguida murió, y fue cremado por sus seguidores; esto habría ocurrido en un año 4-Tochtli (p.125). Los *Anales de Cuauhtitlan*, en cambio, registran un año 1-Acatl como fecha para esta muerte acaecida en Tlillan Tlapallan: en este lugar de la costa --traducido aquí por “el quemadero”--, Quetzalcóatl se habría colocado sus insignias, y, llorando, se habría prendido él mismo fuego. En Tezcoco se afirmaba que su muerte había ocurrido en un año 2-Acatl, pero que esto no habría tenido lugar en el nebuloso Tlapallan, sino en la muy terrenal ciudad de Culhuacán.

Entre las versiones más esperanzadoras está la del *Códice Vaticano A*, según la cual Quetzalcóatl llega a la orilla del mar y se embarca: “Quetzalcóatl, dicen que caminando llegó al Mar Rojo (...) por ellos llamado Tlapalla (...)” (p. 9 verso). “(...) caminó hacia el Oriente, que fue a la ciudad del Sol, llamada Tlapallan, y que fue llamado del Sol” (Sahagún, p. 494). “Allá marchó llamado por Tonatiuh, el Sol” (Chimalpahin, p. 61).

Luego, el héroe se embarca: “(...) fue cuando se marcharon por el mar (...)” (Chimalpahin, p. 65); Gómara precisa incluso el lugar: “Creen que no murió, sino que desapareció en la provincia de Coazacoalco, junto al mar” (p. 434); según Sahagún, “(...) en llegando a la ribera del mar, mandó hacer una balsa hecha de culebras, que se llama *coatlapechtli*, y en ella entró y asentóse como en una canoa, y así se fue por la mar navegando” (Sahagún, p. 218).

Y, entonces, el héroe promete regresar: “(...) y que, entrando en él, ya no lo han visto, ni saben qué se ha hecho de él, salvo que dicen que al tiempo de su entrada ha dicho que se esforzaran y esperaran su regreso, el cual sería cuando fuera tiempo, y así lo esperan hasta ahora” (*Códice Vaticano A*, p. 9 verso). “(...) y al tiempo que se iba despidiendo de estas gentes les dijo, que en los tiempos venideros, en un año que se llamaría ce ácatl, volvería (...)” (Ixtililxóchitl, p.63). “Y dicen que es vivo y que ha de volver a reinar y a reedificar aquella ciudad que le destruyeron, y así hoy día le esperan” (Sahagún, p.494). “Y según es la tradición de los sabios, su linaje aún vive, aún no ha desaparecido de la Tierra, y según dicen dejó dicho el Topiltzin al irse, este linaje algún día ha de regresar a recobrar su poderío e Imperio real (...)” (Chimalpahin, p.62).

La promesa de retorno del héroe es un tema que está presente en muchos mitos; representa una esperanza de regeneración, de retorno a un estado original. Eliade resume así este fenómeno:

El profeta o el fundador del culto proclama el inminente ‘retorno a los orígenes’ y, por consiguiente, la recuperación del estado ‘paradisíaco’ inicial. Indudablemente, en muchos casos este estado paradisíaco ‘original’ representa la imagen idealizada de la situación cultural y económica anterior (...). Pero lo que interesa a nuestro propósito no es la realidad ‘histórica’ que se llega a veces a aislar y a separar de esta imaginación exuberante, sino el hecho de que el Fin del Mundo (...) y la espera de un Nuevo Mundo implican un retorno a los orígenes. El personaje mesiánico se identifica con el Héroe cultural o el Antepasado mítico cuyo retorno se esperaba. Su llegada equivale a una reactualización de los Tiempos míticos del origen y, por tanto, a una recreación del Mundo. (Eliade, p.85-86)

Aun en las versiones en que Quetzalcóatl simplemente murió sin más, su fin es glorioso: “Se dice que cuando ardió, al punto se encumbraron sus cenizas, y que aparecieron a verlas todas las aves preciosas (...) el *tlauhquéchol*, el *xiuhtótotl*, el *tzinizcan*, los papagayos *tozneneme*, *allome* y *cochome* y tantos otros pájaros lindos. Al acabarse sus cenizas, al momento vieron encumbrarse el corazón de Quetzalcóatl. Según sabían, fué al cielo (...) [y] se convirtió en la estrella que al alba sale (...)” (*Anales de Cuauhtitlan*, p.11). “Y sus servidores le tomaron y quemaron (...). Del humo que salió de su cuerpo dicen haber sido hecha una gran estrella que se llama Héspero” (*Historia de México*, p. 116).

La triste historia de Quetzalcóatl y el fin de Tula termina, pues, con una advocación a la esperanza. La caída de un héroe prestigioso y la culminación de una era no significan el fin, sino apenas un paréntesis histórico, pues pasado el tiempo todo volverá a su origen, y, con el regreso del héroe triunfador, se inaugurará una nueva Edad de Oro.

3.7 Huémac y la caída de Tula

La pérdida de Tula, una civilización prestigiosa, considerada por unos como la cumbre, y por otros como el propio origen, de las altas culturas del centro de México, que colapsa dejando un profundo y triste recuerdo como la desaparición de una Edad de Oro, no puede menos que inducir repetidas preguntas sobre las causas de su ocaso. Las fuentes conservadas nuevamente ofrecen diversas versiones de los hechos, aunque es posible intentar una lectura coherente de ellas.

Seguiremos aquí la hipótesis ya planteada arriba de que los hechos de la caída de Tula deben asociarse con el gobierno poco afortunado de un rey que las fuentes llaman alternativamente Quetzalcóatl, Ce-Ácatl, Topiltzin o Huémac.¹⁰ Para entender cabalmente la historia narrada en el mito, es preciso descifrar cuál es el papel que en él interpretó Huémac y cómo ocurrieron los eventos del fin de Tula.

Ya hemos dicho que las fuentes presentan a veces la historia de Quetzalcóatl como si fuese la de un solo personaje, y otras, en cambio, dividen expresamente los hechos entre dos caracteres de diverso nombre. Las versiones de Sahagún e Ixtlilxóchitl están entre las que dan indicios sobre la multiplicidad de los personajes. Aquellas fuentes que atribuyen toda la narración a un solo Quetzalcóatl, que es un sacerdote y a la vez un rey, de todos modos incurren en una incómoda dualidad: el personaje predica la virtud y el autosacrificio, pero a la vez parece ser un valiente guerrero vencedor de los pueblos vecinos; vive alejado de la mirada pública ocupado en ayunar, pero es un experto en el ejercicio militar; es muy austero, pero tiene enormes tesoros; es un gran sabio, creador de todo tipo de inventos culturales, pero provoca contra sí una gran sublevación política. Se trata de funciones que chocan entre sí por su incompatibilidad. Un sacerdote dedicado a la penitencia, quien no se deja ver en público y vive encerrado en una oscura habitación a la que nadie accede, difícilmente podría ocuparse de los asuntos públicos como un rey, y muchos menos ser un conquistador.

Así, al leer las historias que se atribuyen a uno u otro personaje, se observa que son totalmente diferentes. Ambas son trágicas e implican el fin de una era. Sin embargo, la historia de Quetzalcóatl parece motivada por razones religiosas, en tanto que la de Huémac

¹⁰ Será esta última denominación la que prefiramos aquí, simplemente por claridad.

se relacionaría con motivos políticos. En este apartado, pues, continuaremos desarrollando la hipótesis de que las fuentes se refieren a un gran sabio Quetzalcóatl, a quien se recuerda por su aporte intelectual a la conformación de la cultura religiosa mesoamericana, y a un rey cuya incapacidad política habría llevado a la destrucción de Tula. La relectura de los pasajes de Sahagún que ya iniciamos en los apartados anteriores nos permitirá aquí terminar de desbrozar este difícil tema.

Las fuentes que hacen la distinción entre los dos personajes separan también cronológicamente los hechos. En ellas se produce en general la impresión de que la historia de Huémac fuese parcialmente coetánea con la de Quetzalcóatl, o por lo menos que las dos fuesen inmediatamente sucesivas. De todas, la *Relación de la genealogía* es la fuente que nos da el mayor respiro:

Muerto el Topilci e ido de Tula, quedaron muy tristes por él sus vasallos, y los dioses todavía enojados, por lo cual no permitieron que oviese señor por entonces, y a esta cabsa estuvo Tula sin señor principal noventa y siete años. Pasado este tiempo, ya que les parecía que sus dioses estaban aplacados, tovieron por bien que oviese señor, y fue elegido uno del linaje del dicho Topilci, que se tiene en esta tierra por principal y de sangre real. Aqueste se llamaba Huemac. Señoreó y mandó con prosperidad sesenta y dos años (...). (*Relación de la genealogía*, p.109)¹¹

Sin embargo, la mayoría de datos indicarían que los hechos fueron mucho más precipitados; el conflicto cultural y étnico iniciado con Quetzalcóatl habría de tomar rápidamente proporciones catastróficas bajo Huémac.

¹¹ En esta versión, al subir al trono Huémac fue llamado *Atecpanécatl*, un sobrenombre que también llevaron otros dignatarios en la historia mesoamericana, como, por ejemplo, ya en tiempos de los mexicas, el militar Tlacaélel.

3.7.1 El conflicto étnico

La *Historia tolteca-chichimeca* nos presenta a Tula como una ciudad multiétnica que estaría compuesta por lo menos por dos grupos poblacionales muy diferentes, los toltecas-chichimecas y los nonoalcas-chichimecas, procedentes los unos del noroeste del actual México y los otros de la costa del Golfo. Si bien las fuentes no dan ningún otro dato que permita precisar las características de cada uno de estos grupos, la reconstrucción histórica permite especular que el primero habría sido un pueblo guerrero menos desarrollado, y el segundo sería, en cambio, heredero de largas tradiciones de alta cultura del Golfo de México. Davis resume así la situación narrada por la *Historia Tolteca-chichimeca*:

It brings to light not only the distinction between the two ethnic elements not clarified in other accounts, but also emphasises that, far from merging, they continued as separate entities, mutually hostile. The source states that yet in another year I Tecpatl, the Nonoalcas and the Tolteca-Chichimecas arrived at Tollan Xixoxotitlan; after an initial period of accord, in the year I Calli they quarrelled. (Davis, p.381)

Y continúa:

Reasons for the Nonoalca and the Tolteca-Chichimecas actually colliding are hard to extract from any surviving sources (...). It seems as if, for reasons unknown, the two disparate elements of Tollan never really merged into a single identity; perhaps they were intrinsically too diverse. They had come to Tollan from the opposite ends of Mesoamerica (...)" (p.391)

La fuente menciona sólo estas dos facciones étnicas, seguramente por ser las más dominantes, pero posiblemente hubo otras. Tula era por entonces un imperio que controlaba a pueblos distantes, y la trama del poder pudo ser compleja. Sahagún cuenta que las órdenes que se emitían en Tula eran acatadas a gran distancia: “Y hay una sierra que se llama Tzatzitépetl (...) en donde pregonaba un pregonero para llamar a los pueblos apartados, los cuales distan más de cien leguas, que se nombra Anáhuac, y desde allá oían y entendían el pregón, y luego con brevedad venían a saber y oír lo que mandaba el dicho Quetzalcóatl” (p. 208). La ciudad tenía, pues, influencia política sobre tierras muy

distantes, presumiblemente las de la costa del Golfo (llamadas aquí Anáhuac), hasta las cuales podía enviar sus órdenes y ser obedecida.

No sabemos a qué facción habría pertenecido Quetzalcóatl, ni a cuál hemos de adscribir al rey Huémac. Son apenas indicios los que parecen señalar que Huémac pudo ser un tolteca y Quetzalcóatl un nonoalca: en la *Historia tolteca-chichimeca*, en cierto momento los nonoalcas se ponen en pie de guerra contra los toltecas a causa de un disgusto que han tenido con Huémac, con lo cual se da a entender que éste era uno de estos últimos. Quetzalcóatl, por su parte, al verse perdido, huye hacia Tlillan Tlapallan, considerada la tierra de origen de los nonoalcas. Sin embargo, la información disponible es demasiado parca como para que podamos sacar conclusiones en firme sobre este tema.

Son varias las fuentes en que se insinúa que el rey de Tula era un extranjero. Incluso se llega a decir de Huémac que fue adoptado de niño por los toltecas (*Historia tolteca-chichimeca*, p.72). Algo extraño parece haber, en cualquier caso, en su nacimiento o en su advenimiento al poder. Ixtlilxóchitl lo presenta como nacido de un adulterio, por lo que su llegada al trono no habría sido bien recibida (p.67). La naturaleza foránea del rey de Tula parece destacarse en el siguiente pasaje en que se habla negativamente de una característica que sólo puede implicar una adscripción cultural:

Luego que entró Topiltzin en la sucesión del imperio, hubo grandes presagios de su destrucción, y se cumplieron ciertos pronósticos y profecías que habían pronosticado sus mayores; que fueron entre otras muchas, que cuando imperase un rey que tuviese el cabello levantado desde la frente hasta la nuca, como a manera de penacho, en su tiempo había de acabarse esta monarquía tulteca (...). (Ixtlilxóchitl, p.67)

La hipótesis de una creciente preponderancia de elementos foráneos en Tula parece ser respaldada por una lectura cuidadosa de los pasajes de Sahagún. Este autor narra un episodio que bien puede ser parte de la clave para encontrar los hechos de la caída de Tula en medio de la críptica narración del mito. En el aparte en cuestión se cuenta cómo Tezcatlipoca ingenia una manera para convertirse en miembro de la familia real.

El oscuro dios nigromántico se presenta en Tula con apariencia de vendedor de ají verde, y se instala en el mercado contiguo al palacio donde vive Huémac. Va completamente desnudo, a la manera de un *tohueyo* o forastero de una nación menos desarrollada. La hija

de Huémac ve al *tohueyo* desnudo, se aficiona especialmente a su miembro genital, y cae enferma de mal de amores.

Huémac se entera de lo que ha sucedido, y decide que la única manera de curar a su hija es hacer traer al forastero. Puesto que no le encuentran ya en el mercado, hace que le busquen por doquier, inclusive pregonando desde el monte Tzatzitépec, desde el que es posible enviar mensajes a los pueblos extranjeros de la zona del Golfo. El forastero reaparece espontáneamente en el mercado, y le llevan ante Huémac, quien le exige que duerma con su hija para así curarla. Lo bañan, trasquilan y visten como un tolteca, y él cumple con lo exigido. De esta manera llega a ser yerno de Huémac.

Esta parte de la historia resulta singular por cuanto Tezcatlipoca es aquí un forastero de un pueblo de menor desarrollo económico que encuentra la manera de convertirse en miembro de la familia real de Tula. Son muchas las fábulas que en el mundo cuentan las peripecias de un o una joven que con astucia logra superar las barreras sociales y ganar una posición destacada por medio del matrimonio. Desde los cuentos de hadas hasta las telenovelas, en distintas épocas y culturas esta hazaña llega a representar, no simplemente un logro personal de un individuo habilidoso, sino la reivindicación de todo el grupo social al que éste pertenece. Los forasteros de menor rango han logrado en este caso conquistar a la crema y nata de las tulanas con recurso a una sexualidad que implícitamente es presentada como superior a la de los toltecas.

La narración de esta aventura de Tezcatlipoca continúa a renglón seguido con un tema conexo con el anterior: el de la necesidad en que el forastero se verá de demostrar su valía ante la despectiva sociedad que de mala gana le ha acogido. El hecho de que Huémac haya dado a su hija a un forastero enoja a los toltecas de la corte, quienes piden explicaciones. Aunque el rey ha recibido al *tohueyo* en su familia, se avergüenza de él y bien quisiera eliminarlo. A la primera oportunidad hace que lo envíen a la guerra y que lo entierren en el campo de batalla a manera de carnada, junto con pajes, enanos y cojos. Pero las hostilidades no resultan bien para los toltecas, y los enemigos logran ponerlos en fuga. Sólo el *tohueyo* tiene la presencia de ánimo necesaria para zafarse y salir a enfrentar a los enemigos, entre los que provoca enormes bajas. Cuando ya en Tula le creían muerto, regresa victorioso, como capitán de un improvisado ejército de pajes, enanos y cojos. Gana así la gloria y la inmediata aceptación de su suegro Huémac y de todos los toltecas.

Como corolario del tema del ascenso social del protagonista, este motivo de la demostración de valía resulta también bastante universal. El héroe y su grupo social están en capacidad de demostrar su superioridad en cualquier campo, inclusive en medio de las condiciones más adversas. El forastero es aquí capaz de hacer lo que los orgullosos toltecas no logran realizar, y lo hace acompañado precisamente del renglón social de los que son considerados apenas una miserable carnada.

Este episodio del *tohueyo*, considerado en sus dos partes componentes de conquista social y reivindicación de capacidades, apoya la hipótesis de la entrada en Tula de un grupo étnico menos poderoso que logra imponerse con ayuda de lo que ese mismo pueblo considera sus habilidades, en este caso, su capacidad sexual y su pericia guerrera.

Otro tema que se destaca en distintas versiones del mito (por ejemplo, Sahagún y el *Códice Vaticano A*) es el de un gran baile organizado, en la versión de Sahagún, por Tezcatlipoca. Desde lo alto del monte Tzatzítepec, Tezcatlipoca, victorioso entre los toltecas, hace pregonar a los tulanos y a los lejanos pueblos de Anáhuac la realización de una gran fiesta en Tula. La enorme reunión de nativos y forasteros tiene lugar en el sitio llamado Texcalapa, y el propio Tezcatlipoca se pone al frente del baile tañendo el tambor y entonando los cantos. Muchos de los presentes desconocen siquiera los versos que entona Tezcatlipoca, pero la aceptación de los nuevos motivos culturales es inmediata: en adelante se vuelve común que la gente se reúna en cantidades a la puesta del Sol en el lugar señalado, y se entregue hasta la media noche a los foráneos cantos y danzas. Se añade así, una nueva victoria, esta vez cultural, al grupo étnico representado por el hábil Tezcatlipoca.

Pero a continuación se hace evidente que esta penetración cultural es vista por la tradición precisamente como el motivo de la caída de Tula. La historia continúa narrando el fin desastroso de estos bailes: los tulanos en multitud, que danzan como enloquecidos, comienzan a empujarse unos a otros dentro del espacio reducido de Texcalapa, y terminan arrojándose unos a otros por el barranco al cauce del río Texcalatlauhco, donde, según la versión de Sahagún, quedaban convertidos en piedras. Su fin es, pues el de la petrificación, destino típico de los vencidos en la mitología americana.

El *Códice Vaticano A* ratifica el papel de estos nuevos bailes en la caída de los toltecas: “(...) el intento de ellos era darse a placeres y diversión de esta vida y hacer otros muchos pecados (...)” (p. 7 verso), de lo cual les vino una gran hambruna. Y más explícitamente:

“(…) Tula, la cual dicen haberse perdido por causa de los vicios, y así pintan a los hombres bailando, y por causa de estos vicios les vinieron grandísimas hambrunas, y así fue destruida la provincia” (p. 7 resto).

La narración implica que los jolgorios a que se entregaron los tulanos les llevaron a un comportamiento negligente con sus obligaciones productivas. El *Códice Vaticano A* representa simbólicamente a los tulanos con la figura de un venado, signo de los hombres ingratos, y la catástrofe alimentaria resultante, mediante una piedra con una mata de maíz seca encima. El motivo de la caída de Tula queda así claro: al permitir la suplantación de su adusta y trabajadora cultura por otra más festiva y relajada, los tulanos perdieron su principal acervo y ocasionaron su propia caída.

3.7.2 *La gran hambruna y la aparición de los sacrificios humanos*

El tema de la gran hambruna de Tula está presente en varias fuentes. Según la *Leyenda de los Soles*, ésta habría sido causada por una seria disputa entre el inepto Huémac y los dioses tlaloques, dadores de la lluvia. Púsose el rey a jugar con ellos a la pelota, apostando objetos de lujo, como piedras preciosas chalchihuites y plumas de *quetzalli*. Ganó Huémac, y los tlaloques pretendieron pagarle con maíz verde y preciosas hojas de esta misma planta. Huémac se negó a recibir tales mantenimientos por pago y exigió las riquezas pactadas. Como retaliación, los tlaloques enviaron una enorme sequía. Sólo con la ofrenda de sacrificios humanos regresa la lluvia y brotan de nuevo las plantas comestibles.

En las fuentes que hablan de la gran hambruna que padeció Tula parece como si este evento hubiese sido el detonante final que hizo estallar el ya incontrolable conflicto político. Los *Anales de Cuauhtitlan* nos presentan a Huémac haciendo frente a la crisis y cediendo a las presiones de realizar sacrificios humanos para obtener el regreso de las lluvias: “Luego los demonios pidieron los hijos legítimos de Huémac; quien fué a dejarlos en Xochiquetzalyyapan, y en Huítzcoc y en Xicócoc, para pagar con los pobres niños. Allí por primera vez comenzó la gran matanza que estuvo habiendo de hombres en sacrificios” (*Anales de Cuauhtitlan*, p.13).

El tema de los sacrificios humanos parece haber sido fundamental en todo esto, y resulta clave para entender el papel del conflicto étnico en el desarrollo de los hechos del fin de Tula. Quetzalcóatl se había opuesto radicalmente a tales sacrificios, seguramente porque en su tradición cultural éstos no se acostumbraban. De hecho, los sacrificios humanos son un rasgo característico del periodo Posclásico que empezaba justamente en los tiempos que aquí nos ocupan. Aunque se sabe que ritos de este tipo existieron en Teotihuacan, su escasa prevalencia no permeó siquiera la iconografía; los cultos guerreros acompañados de sacrificios humanos sólo fueron imponiéndose paulatinamente. Posiblemente la historia de Quetzalcóatl y Huémac refleja el momento en que el tema entró de lleno en la región de Tula. Frente a antiguas costumbres religiosas desprovistas de sacrificios humanos, una nueva corriente cultural traída por elementos foráneos pugnaría por lograr la autorización pública a tales ritos.

La aparición del sacrificio humano en la escena es también presentada por Sahagún, de una manera fabulada. En cierto pasaje, Tezcatlipoca prepara un nuevo ataque que consiste en hacer llover piedras sobre los tulanos. Entre éstas, hace caer una piedra especialmente grande llamada *téhcatl*. A continuación se dice que desde entonces andaba una vieja por el sitio llamado Chapultépec Cuitlapilco, o también Huetzinco, vendiendo banderillas, y quienes se las compraban iban luego a que los matasen sobre la gran piedra.

El propio Sahagún considera que este aparentemente absurdo episodio es una completa locura que demuestra el estado de perdición en que podían estar los tulanos. Pero, mirado entre líneas, resulta bastante coherente. En este pasaje el extranjero Tezcatlipoca logra instalar en Tula una gran piedra de sacrificio. Las banderillas de papel eran objetos típicamente portados por las víctimas. Este episodio podría, pues, identificar de manera simbólica el momento en que entró en la cultura del centro de México el rito del sacrificio humano.

Se dice también que por entonces empezó a haber guerra y sacrificios de cautivos, y que también se inició la costumbre del desollamiento de las víctimas, todo incitado por “diablos” como Yáotl: “Porque (...) Quetzalcóatl (...) nunca jamás quiso los sacrificios humanos (...); y que después en dondequiera, cuando estaba reinando Huémac, había todo lo que comenzaron los diablos” (*Anales de Cuauhtitlan*, p.14). Era Yáotl [*el Enemigo*] un

sangriento dios guerrero, y los diablos mencionados, sin duda los dioses de la facción étnica favorable a los sacrificios.

Un tema que se destaca en el mito de Quetzalcóatl (por lo menos en Sahagún, el *Códice Vaticano A*, la *Relación de la genealogía* y la *Leyenda de los Soles*) es el de la aparición en Tula de un horroroso cuerpo gigantesco y putrefacto. En algunas versiones se trata de un fantasma enorme que se manifestaba por las noches y asustaba o se comía a la gente (*Leyenda de los Soles*, p.125). En la versión de Sahagún, es un cadáver, el de la deidad Tlauhquepantl, que ha fallecido como resultado también de las maquinaciones de Tezcatlipoca. El cuerpo de Tlauhquepantl empieza a heder, y por la corrupción del aire mueren muchos tulanos. Tezcatlipoca les dice que traigan sogas para atar el cadáver y arrastrarlo fuera. Pero el cuerpo pesa tanto que no pueden llevarle. Más bien, se rompen las sogas, y los que halan de ellas caen y se aplastan fatalmente unos a otros. En el *Códice Vaticano A* (p. 8 verso), es Xipe Totec, discípulo de Quetzalcóatl quien se ve confrontado con este problema. Se dice de él que, entregado a sus penitencias, empieza a soñar cada noche con aquel cuerpo descompuesto. Xipe llevó a la gente a cierto lugar donde presupuso que estaría el gran cadáver, y allí efectivamente le hallan. Le atan con sogas para arrastrarlo fuera del pueblo, pero estando en ello, caen todos en una concavidad entre dos montañas, las cuales se juntan y los sepultan.

La interpretación que da el *Códice Vaticano A* de tan críptico episodio es que este cadáver representa el pecado cometido por los tulanos al apartarse de sus costumbres y dioses. El pasaje ha sido interpretado en el mismo sentido por Davis. A mi parecer, sin embargo, tal lectura implica una visión de sesgo cristiano del tema que no podemos aplicar con total certeza a la ideología mesoamericana. Me parecería más prudente ver en el gran cadáver un símbolo del inmenso tamaño de la mortandad a la que se enfrentaron los tulanos. Sin duda podría conjeturarse que la gran hambruna debió hacer que Tula y su región estuviesen llenas de cadáveres que resultaban difíciles de evacuar. También es posible ver en esto una referencia a los sacrificios humanos; como es bien sabido por las crónicas del tiempo de la Conquista española, la inmolación masiva de víctimas podía provocar una enorme pestilencia que, de no haberse podido atacar a tiempo, podría haber generado una gran mortandad. El gran cadáver representaría, pues, esta situación.

El tema de la muerte de los toltecas por caída o asesinato se repite insistentemente en Sahagún y el *Códice Vaticano A*. La primera de estas fuentes presenta varios eventos de este tipo. En uno de ellos, el nigromántico Tlachahuepan aparece en el mercado de Tula y presenta un prodigioso número en el que hace bailar a un muchachuelo en su mano; al ir los tulanos en multitud a ver el prodigio, se empujan entre sí y muchos mueren ahogados o coceados. Otros dos acontecimientos semejantes tienen como escenario común un huerto de flores de propiedad de Quetzalcóatl, llamado Xuchitla. En el primero, Tezcatlipoca aparece como un *tequihua* (capataz o capitán militar), y hace llamar a los tulanos para que trabajen en el huerto de Quetzalcóatl; cuando los tiene allí reunidos, los va matando; los que logran huir se empujan, tropiezan y se matan al caer. El otro evento ocurre en plena hambruna; una vieja, que al parecer es el propio Tezcatlipoca, aparece en el jardín de Quetzalcóatl y empieza a tostar maíz; los hambrientos toltecas llegan rápido de toda la comarca, y son asesinados por la vieja.

Estas historias son muy crípticas y difíciles de interpretar. Dan la impresión de ser narraciones incompletas o descontextualizadas de hechos o mitos que pudieron estar o no conectados con los eventos de Tula. Sin embargo, tan dispares historias son usadas como pretexto para expresar una sola idea: la muerte generalizada de los tulanos, bien sea por exterminio a manos de la facción rival, por hambre o como una suerte de desgracia de magnitud cósmica ocasionada por sus propios yerros.

3.7.3 El fin de Tula y la gran diáspora

Sin duda todas las complejas circunstancias mencionadas se concertaron para provocar la caída final de Tula. Los momentos finales de la historia de la ciudad y la gran diáspora que siguió son narrados de diversas maneras por las fuentes. Ixtlilxóchitl destaca el papel que en esto tuvo el tema político y el rechazo de ciertos sectores hacia Huémac: “(...) por cuya causa algunos de los reyes y señores sus vasallos se levantaron contra él: unos pretendieron para sí el imperio, pareciéndoles ser más propincuos y dignos de él, y otros en venganza del adulterio, que fueron los más señalados Coanacotzin, Huetzin y Mixiotzin (...)” (p.67).

La *Historia tolteca-chichimeca* (p.72-73) pone el énfasis en el problema étnico. Según esta fuente, el conflicto estalló primero entre Huémac y los nonoalcas. Éstos habían sido encargados por Huémac de custodiar su casa. En determinado momento el rey muestra su carácter antojadizo al pedir a los nonoalcas que le consigan una mujer de caderas anchas. Ellos intentan satisfacer la petición, pero Huémac rechaza a la mujer que le traen, por parecerle que no llena los requisitos solicitados. Esto saca de quicio a los nonoalcas, y hartos de Huémac se lanzan a la guerra contra los toltecas. Sin embargo, para todos es claro que el enfrentamiento ha sido motivado por Huémac mismo y no por sus súbditos. Así que ambas etnias pactan un cese de las hostilidades y deciden más bien lanzarse en persecución de Huémac. Éste huye e intenta ocultarse en la cueva de Cincalco. Sus enemigos le dan alcance, lo sacan de allí arrastrado por el cabello y lo matan. Luego, los toltecas y nonoalcas ven como única solución para poner fin a sus mutuas hostilidades el marcharse todos de Tula e ir a asentar en otra parte.

En la versión de los *Anales de Cuauhtitlan* no se menciona este enfrentamiento. El colapso del reino tolteca se atribuye únicamente a la mencionada hambruna y a los enfrentamientos suscitados por las guerras y los sacrificios humanos. Allí se cuentan detalles del éxodo de los tulanos, que en dicha versión salen guiados por el propio Huémac. El “diablo” Yaotl es quien alienta a la facción remanente a abandonar a los que se marchan: “(...) [en] Teoconpan (...) encima del espino grande se paró el diablo Yaotl, que llamó a todos sus amigos y les dijo: ‘Deteneos vosotros, amigos míos. Que se vayan los toltecas. Vosotros que sois mis amigos, no os iréis’” (*Anales de Cuauhtitlan*, p. 14). Y empieza a llamar por sus nombres a varios posibles líderes para invitarlos a quedarse y asentarse: “Después que se fueron los toltecas, animó el ‘diablo’ a sus amigos: los fué a establecer en Xaltocan” (*Anales de Cuauhtitlan*, p.14).

El fin de Huémac en esta versión es diferente (p.15). Los tulanos siguen su camino; en algunos lugares se desprenden facciones del grupo, en otros se agregan gentes nuevas, y finalmente todos se van asentando en diversos lugares. En algún momento impreciso de esta historia, Huémac, transido de pena al ver el desastre, se ahorca en la cueva de Cincalco.

Toda narración que pretende dar cuenta de algún tipo de hecho histórico conflictivo privilegia los motivos de uno de los bandos e intenta ocultar los del otro. Sin embargo, frecuentemente algunos de los eventos que se narran revelan los factores que han quedado excluidos del relato. En la historia del fin de Tula se advierte que la versión que prevaleció dio la razón a los toltecas-nonoalcas, portadores de una cultura considerada superior. Sin embargo, es posible hallar también bajo la narración oficial la voz de los forasteros culpados del desastre. Si bien por una parte la tradición guarda la pena que ha causado la destrucción de un sistema cultural prestigioso y admirado, y demanda a sus destructores su culpa histórica, por otra, ella misma guarda la posición de los advenedizos, quienes son presentados como un elemento cultural renovador y necesario ante la decadencia o incapacidad de los nativos. La narración, sin saberlo o quererlo siquiera, hace justicia a las dos partes involucradas en el conflicto social. Chimalpahin incluso se muestra abiertamente del lado de quienes derrocaron a Quetzalcóatl: “Fue en su época [la de Quetzalcóatl] cuando por todos lados de lo que hoy es Nueva España se conminaba, amenazaba e intimidaba a las gentes y naciones para que se entregaran a su cuenta” (p. 61). Y dice la *Historia tolteca-chichimeca*: “Aquí están las poblaciones que pertenecían a los toltecas, aquellas de las que ellos se habían adueñado en la gran Tollan. Veinte eran las poblaciones (...). Solamente cuando sucumbió Tollan, entonces obtuvieron de nuevo sus señoríos (...)” (p. 72). Según esto, Tula fue un gran imperio, pero, sin duda, opresor.

4. Quetzalcóatl en la historia subsiguiente

4.1 *Quetzalcóatl en la historia nacional azteca*

La naciente Historia de los mexicas pronto incorporó, de manera más o menos informal, a Quetzalcóatl entre sus propios patriarcas originarios. Llegados como advenedizos desde las rudas tierras del noroeste a las regiones de tradicional alta cultura del centro de México, los aztecas sintieron la necesidad de incorporar los elementos tradicionales de la nueva región a su propia historia para darse un lugar en ella. Transformaron así la narración del Quetzalcóatl-dios de la leyenda de los Soles agregando un quinto Sol a los cuatro anteriores. Y convirtieron la historia del Quetzalcóatl hombre en lo que Kirk llama un mito-credencial, es decir, un relato destinado a dar legitimidad a ciertas pretensiones, en este caso, de linaje antiguo (Kirk, p. 265). Como lo dice Davis, “The Mexicas (...) by adopting the name ‘Culhua’ thus bestowed upon themselves the mantle of tradition and legitimacy that derived from Culhuacan” (Davis, p.25).

En varios de estos relatos de origen aztecas, Quetzalcóatl es un antepasado o un capitán conductor de la migración de los mexicas. Fernández de Oviedo presenta una de tales narraciones, que fue enviada al rey de España por el propio virrey Antonio de Mendoza. Se utilizan en ella todo tipo de motivos míticos presentes en diversas relaciones mesoamericanas, y resulta tan deforme que el propio cronista se siente obligado a desmentirla.

En ella el capitán Orchilobos (que podría ser Quetzalcóatl o Huitzilopochtli) llega con cuatrocientos hombres a ayudar a los mexicanos en una guerra que han emprendido contra Tlaxcala. Obtenida la victoria, el héroe funda en medio de la laguna la ciudad de Tenochtitlán y construye el primer templo en su propio honor. Luego es llamado por el Sol y debe marcharse en dirección a Guatemala, no sin antes anunciar que regresará. El primer rey de Tenochtitlán habría sido Guautezuma, hijo de Orchilobos por vía fabulosa, al concebirle su madre por obra de una pluma puesta en su pecho. El hijo de este Guautezuma habría sido Moctezuma, rey de los tiempos de la Conquista española (Fernández de Oviedo, p. 103-105). Esta caótica versión logra sintetizar en una sola narración temas tan diversos

como los mitos de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli, la fundación de Tenochtitlan y el nacimiento del último rey mexica.

Motolinía (y Gómara) presenta también la incorporación de Quetzalcóatl a la saga de los mexicanos: En la narración que recoge se afirma que diversos pueblos principales presentes en Mesoamérica en tiempos de los mexicas, habrían surgido de sendos patriarcas epónimos, hijos todos de un mismo antecesor. Quetzalcóatl habría sido un medio hermano por parte de padre de dichos patriarcas. Los aztecas incorporan así a los orígenes propios al antiguo héroe cultural como nota de prestigio, pero el hecho se reconoce sutilmente al presentarlo como vástago de otra rama del linaje.

Los ejemplos anteriores muestran claramente que el mito es una entidad viva que se transforma constantemente, y que cumple una función social. Si para los antiguos habitantes del centro de México la saga pudo representar la añoranza de tiempos pasados y la promesa de su regreso en forma de un futuro mejor, para los mexicanos recién instalados en el territorio, el mismo mito representó una oportunidad de darse un pasado del que carecían, para crear una narrativa nacional que estableciese como legítimo su recién ganado poderío.

4.2 Funciones sociales del héroe divinizado

El héroe Quetzalcóatl divinizado pasó a jugar variados papeles en la tradición religiosa del centro de México. Como todo gran personaje divino o humano que hubiese de mantener su vigencia a lo largo del tiempo, habría de convertirse en patrón de un grupo social, o númen de alguna fuerza de la naturaleza. Debía ofrecer alguna función para el devoto humano, respuestas a sus necesidades de explicación y alivio a sus sufrimientos. Así, en las distantes ciudades de la región, detentadoras de variadas tradiciones, Quetzalcóatl fue adscrito a diversas funciones sociales. Veamos algunos ejemplos:

La más conocida función de Quetzalcóatl es la de dios del viento: “Este Quetzalcóatl, aunque fue hombre, teníanle por dios y decían que barría el camino a los dioses del agua, y esto adivinaban porque antes que comienzan las aguas, hay grandes vientos y polvos (...)” (p. 39). Como tal está ampliamente representado en los códices, vestido con atributos

característicos entre los que destaca sobre su rostro una especie de pico por el cual silbaría el aire. De esta guisa muy posiblemente se le podía ver en efigie en los templos que a él se dedicaron en esta advocación de Quetzalcóatl-Ehécatl. Como tal, fue el dios principal y patrón de las ciudades de Cholula, Tlaxcala y Huexocinco.

Es conocida también la asociación de Quetzalcóatl con la Estrella de la Mañana: “(...) porque creían de cierto que él hubiera subido al cielo y es aquella estrella que (...) es el planeta Venus” (*Códice Vaticano A*, 9 verso). “Creen que Topilcil [sic], su primer rey, se convirtió en aquella estrella [Venus]” (Gómara, p. 476). Este Quetzalcóatl-Venus tenía sus seguidores en algunas tradiciones: se suponía que cuando salía, según la fecha del calendario adivinatorio en que se presentase, tenía la posibilidad de afectar a determinadas personas (niños, ancianos, mozos, grandes señores), o provocar sequías: “Sabían cuándo viene apareciendo, en qué signos y cada cuántos resplandece, les dispara sus rayos y les muestra su enojo” (*Anales de Cuauhtitlan*, p.11).

Quetzalcóatl era también la figura que presidía el *calmécac*, la institución monástica en que se educaba religiosamente a los jóvenes. El niño que habría de ingresar a dicha casa era llevado ante el dios por sus padres y presentado: “Y agora al presente ofrecémosle al señor Quetzalcóatl (...) para entrar en la casa de *calmécac*, que es la casa de penitencia y lágrimas (...)” (Sahagún, p.226). La sexta fiesta movable del calendario ritual mexica se hacía en honor de Quetzalcóatl, y tenía lugar en el *calmécac*: “En el signo llamado *ce ácatl*, en la mera casa, hacían gran fiesta a Quetzalcóatl, dios de los vientos, los señores y principales. Esta fiesta hacían en la casa llamada *calmécac*, que era la casa donde moraban los sátrapas de los ídolos y donde se criaban los muchachos. En esta casa, que era como un monasterio, estaba la imagen de Quetzalcóatl” (Sahagún, p.100).

Por supuesto, Quetzalcóatl es considerado el inventor del calendario adivinatorio. “Estos adivinos no se regían por los signos ni planetas del cielo, sino por una instrucción que según ellos dicen se la dexó Quetzalcóatl (...)” (Sahagún, p. 231). Sin embargo, el mismo Sahagún halla otra información, mucho más extendida, que indicaría que dicho arte adivinatorio habría sido ideado más bien por Cipactónal y Oxomoco, a quienes tradicionalmente se dibujaba en los libros de adivinación como astrólogos principales (p. 235).

Se atribuye a Quetzalcóatl incluso el invento del calendario solar: “Esta tabla arriba puesta es la cuenta de los años, y es cosa antiquísima. Dicen que el inventor dello fue Quetzalcóatl” (Sahagún, p.492).

También es el inventor de la industria artesanal: “Y los vasallos que tenía eran todos oficiales de artes mecánicas y diestros para labrar las piedras verdes que se llaman chalchihuites, y también para fundir la plata y hacer otras cosas. Y estas artes todas hobieron origen del dicho Quetzalcóatl” (Sahagún, p. 208). El propio Quetzalcóatl sería experto en labrar la piedra: “(...) y según la relación que de él se da, era cantero que entallaba imágenes de piedra y las labraba curiosamente” (Durán, p.10).

Inclusive, se le considera autor de libros de contenido histórico, al lado de reyes cronistas cuya labor en ese sentido es mejor conocida: “Los más graves autores históricos que hubo en la infidelidad de los más antiguos, se halla haber sido Quetzalcóatl el primero; y de los modernos Nezahualcoyotzin, rey de Tetzcuco, y los dos infantes de México, Itzcoatzin y Xiuhcozcatzin, hijos del rey Huitzilihuitzin (...)” (Ixtililxóchitl, p.61).

No está del todo claro si Quetzalcóatl padecía algún tipo de achaque, pero según varias crónicas del fin de Tula, por entonces estuvo enfermo, y a veces se le pinta incluso con ronchas en la nariz. Pudo haber sido un buboso, como el Nanáhuatl de la leyenda de los Soles. En Cholula, en todo caso, se convirtió en el patrón de quienes padecían cierto tipo de enfermedades: “(...) a este ídolo Quetzalcóatl tenían por abogado de las bubas y del mal de ojo y del romadizo y tos (...), y así todos los apasionados de estos males y enfermedades acudían con sus ofrendas y oraciones a este ídolo y templo” (Durán, p. 66).

4.3 Los cronistas españoles y la configuración del mito

Son muchas las fuentes que narran el sorprendente hecho de que los indígenas habrían tomado a los conquistadores españoles por Quetzalcóatl y sus gentes que regresaban. “Quando vino Cortés con los españoles, los de la tierra lo rescibieron, pensando que fuesse Orchilobos, el qual en su cuenta dellos avia quatroçientos años que era partido” (Fernández de Oviedo, p. 105). “Y cuando vino don Hernando Cortés, pensaron que era él, y por tal le

recibieron y tuvieron hasta que su conversación y la de los otros que con él venían los desengaño” (Sahagún, p. 494).

En la confusión parecen haber intervenido diversos factores. Sin duda, el primero fue el hecho de que los recién aportados llegasen por oriente, justamente por donde Quetzalcóatl desapareciese según la leyenda. En segundo lugar, los navíos fueron entendidos como templos flotantes. Gómara dice: “(...) y de las naos decían [los indios] que venía el dios Quetzalcóatl con sus templos a cuestras, que era el dios del aire, que se había marchado y esperaban su vuelta” (p.91). Y agrega: “(...) y que su cacique los había enviado a ver qué gentes o dioses venían en aquellos teucallis, que es como decir templos (...)” (p. 95). En tercer lugar, debió impresionar grandemente la tecnología bélica de los recién llegados, que los volvía casi invencibles. Finalmente, sería fundamental en esto la coincidencia de la fecha de 1519, año de la llegada de Cortés con el año Ce-Ácatl, asociado al nombre de Quetzalcóatl. “Nació Quetzalcóatl en el día que llaman una caña, y el año que vinieron los españoles comenzó el año en este [día] una caña (...), y de aquí tomaron causa para pensar que los españoles fueran su dios (...)” (*Códice Vaticano A*, p. 9 verso).

Moctezuma supo rápidamente lo que estaba ocurriendo. Sin duda barajó diversas hipótesis con base en las noticias distorsionadas y fabulosas que le llegaban desde la costa. No descartó la opción mítica, y temió por su posición en el poder. “En sabiendo Motecuzuma que eran venidos aquellos navíos y gente, luego envió personas muy principales para que los vieses y hablasen, y llevaron un presente de mucho valor, porque pensaron que venía Quetzalcóatl, al cual ellos estaban esperando muchos años había” (Sahagún, p.503). Durán afirma haber visto en un libro pintado sobre la vida y hechos de Moctezuma detalles más precisos sobre los términos económicos en que pudo plantearse el tema en la corte mexicana: “Y cuando los españoles llegaron al puerto y los atalayas de Motecuhzoma los vieron, diéronle la nueva, diciendo que los hijos de Hueymac [Topiltzin] eran llegados. Respondió Motecuhzoma: ‘Esos vienen por el tesoro que Hueymac dejó acá, el cual había recogido para hacer un templo. Llévenselo y no vengán acá’” (Durán, p.15). Esta hipótesis habría motivado que se decidiese mandar a Cortés el enorme y ya casi mítico tesoro que posteriormente fue enviado a España.

La confusión fue inmediatamente aprovechada tácticamente por los españoles. Enterados de su calidad de dioses, sólo tenían que capitalizarla. Además, aquello constituía dentro de

su propia concepción mítica, una prueba de que Dios favorecía su conquista. Como bien lo señala Graulich:

(...) Quetzalcóatl llegó a ser la figura más extraordinaria, más fascinante y más conocida de la antigüedad americana. Lo habían confundido con Cortés; el conquistador se aprovechó de él; (...) les convenía a todos. A los indios les permitió comprender la foránea intrusión(...) Otros, deseosos de darse importancia ante los españoles, insistieron sobre la santidad y la virtud del personaje y en particular sobre el hecho de que aborreciera los sacrificios humanos. (...) A los conquistadores, por otro lado, les era permitido ver en Quetzalcóatl primero una prueba del favor divino, y después (...) la justificación de su conquista que después de todo no era sino recuperación. (Graulich, p. 4)

En su segunda carta al rey de España, Cortés también habla del tema (pp.59, 68, 75). Según afirma, Moctezuma personalmente le habría dirigido un largo y sentido discurso en el que reconocía en él a un antepasado divino al que ahora veía regresar a recuperar su territorio, por lo cual debía prestarle obediencia y entregarle el poder incondicionalmente. Esta sorprendente versión fue luego tomada por los subsiguientes autores y copiada literalmente en sus crónicas. Es difícil, sin embargo, creer en la verdad del discurso derrotista de Moctezuma, pues parece más bien como si Cortés hubiese hecho uso del tema popular de la confusión mítica para convertir la entrada en Tenochtitlan en una rendición voluntaria. La misma historia de rendición incondicional es presentada por Cortés en varias ocasiones en las que las ciudades parecen entregársele mágicamente con sólo decirse portador de un nuevo tipo de gobierno y religión a nombre del rey de España.

El mito en la versión española pareció crecer con el tiempo y se le agregaron nuevos elementos. Las gentes de Quetzalcóatl habrían tenido apariencia europea: “Mas (...) porque tenían pronósticos y señales, según los sacerdotes publicaban, de la venida de gente extranjera, blanca, barbuda y oriental, a señorear aquella tierra; y también porque entre ellos se comentaba que en Moctezuma se acababa (...) el señorío (...) y que por esto nunca quiso hacer guerra a los españoles, creyendo que le habrían ellos de suceder (...)” (Gómara, p.215); “(...) y así porque dicen que predijo que había de venir a este país una gente barbada, la que los había de sujetar” (*Códice Vaticano A*, p. 9 verso).

Ixtlilxóchitl se une al coro de quienes ven en Quetzalcóatl a una especie de sacerdote europeo: “Era Quetzalcóatl hombre bien dispuesto, de aspecto grave, blanco y barbado. Su vestuario era una túnica larga” (p. 64). “Su vestuario era unas túnicas largas a manera de los ropones que usan los japoneses, y por calzado traían unas sandalias, y usaban unos a manera de sombreros hechos de paja o de palma” (p.68). “Dicen que sus vestidos eran a manera de los de España” (*Relación de la genealogía*, p.109).

Fray Diego Durán es uno de los grandes admiradores de la figura de Quetzalcóatl, y un convencido de que un personaje místico de tal envergadura no pudo ser otra cosa que un predicador cristiano, si no propiamente un apóstol. Se muestra verdaderamente obsesionado por probar que el cristianismo ya había llegado a Mesoamérica a través de Quetzalcóatl:

Porque aunque me quiera atar al sagrado evangelio que dice por San Marcos que mandó Dios a sus sagrados apóstoles que fuesen por el mundo y predicasen el evangelio a toda creatura (...) no me osaré afirmar en que este varón fuese algún apóstol bendito. Pero gran fuerza me hace su vida y obras a pensar que, pues estas eran creaturas de Dios racionales y capaces de la bienaventuranza que no las dejaría sin predicador, y si lo hubo, fue Topiltzin. (Durán, p. 9-10)

Llega casi a suscribir los milagros que se le atribuían: “Y así podemos probablemente tener que este varón fue algún apóstol de Dios, que aportó a esta tierra, y los demás, que llaman oficiales y sabios, eran sus discípulos, que confirmando su predicación con algunos milagros, trabajando de convertir a estas gentes a la ley evangélica (...)” (Durán, p.11).

La historia de la huida de Topiltzin representa para Durán toda una reivindicación de las dificultades que enfrenta el predicador cristiano en tierras mesoamericanas; y el anuncio de su regreso es sin duda el del arribo de los españoles, apenas el castigo esperable por la tozuda infidelidad de los locales: “(...) les profetizó la venida de gente extraña, que de la parte de oriente aportarían a esta tierra, con un traje extraño y de diferentes colores, vestidos de pies a cabeza, y con coberturas en las cabezas, y que aquel castigo les habría de enviar Dios, en pago del mal tratamiento que le habían hecho (...)” (Durán, p.11).

Fernández de Oviedo cuenta que leyó la historia de la confusión entre Quetzalcóatl y Cortés en un informe que el virrey Mendoza envió al rey de España. Es el único autor que halla argumentos para dudar de su veracidad: “Quanto á lo que diçe essa relacion (...) [no] se debe creer; porque (...) antes que Cortés fuesse, avian ydo Johan de Grijalva é Alvarado

é otros, é antes que esos Françisco Hernandez de Córdoba, é les avian muertos christianos; é lo mesmo hiçieron á Cortés, é lo echaron de Temistitlan más que de passo á lançadas (...)" (Fernández de Oviedo, p. 108).

Davis (p.63) opina que la gran importancia atribuida a Quetzalcóatl en la literatura codical no reflejaría realmente la importancia que el mito habría tenido dentro del corpus de relatos mesoamericanos, sino que su prevalencia habría sido amplificada por los cronistas a causa de la confusión de los españoles con la gente de Quetzalcóatl; ni siquiera era un dios importante en Tenochtitlán, pero habría ganado gran notoriedad en la historia de la Conquista, y de esta manera habría pasado a las fuentes históricas.

Se ha llegado a pensar, inclusive, que la identificación de los españoles con Quetzalcóatl fue simplemente un invento de éstos, una especie de nuevo mito ideado para justificar la conquista. Si bien, sin duda, estos hicieron buen uso del tema para sus fines, la posibilidad de que realmente los indígenas se hubiesen planteado este tipo de hipótesis no es improbable, así su importancia política no necesariamente haya sido la que se le quiso atribuir. Ante la vista de los recién llegados, los nativos debieron plantearse alguna explicación, especialmente al ver la capacidad ofensiva de aquellos. Desde los primeros que tuvieron contacto con Cortés hasta la llegada de la noticia a Moctezuma, con muchos ires y venires de emisarios a lo largo de todo este territorio, debieron formularse muchas ideas al respecto. La fecha y el lugar de aparición de los recién llegados, junto con su capacidad casi mágica de sojuzgar debieron fácilmente poner a Quetzalcóatl en primera fila de las posibles explicaciones. La objeción de Fernández de Oviedo es salvable: Los indios no habrían visto templos flotantes ni divinidades en el caso de Grijalva y los otros expedicionarios simplemente porque no fueron atacados de manera eficaz por éstos, y por tanto no se vieron forzados a explicarse el hecho más allá de la situación puntual. Aún así, la idea de que los indígenas se rindieron a Cortés simplemente por la confusión tiene toda la apariencia de una fábula.

Las opiniones que atribuyen importancia al papel de los españoles en la configuración del mito de Quetzalcóatl como lo conocemos hoy no pueden dejarse de lado al hacer la exégesis de las fuentes, por cuanto la etapa hispánica también imprimió su visión sobre aquella singular historia y la modificó a su acuerdo. Es, sin embargo, mi parecer que resultan extremas posiciones como la Davis que ven en la preponderancia del mito un

fenómeno creado apenas durante la Conquista. El mito de Quetzalcóatl sin duda fue amplificado por los cronistas españoles para sus propios fines y recibió agregados que ellos mismos pusieron o que los informantes quisieron agregar para darle mayor realce ante la mentalidad española. Pero las fuentes dejan muy clara la centralidad del papel que jugaba el personaje dentro de la trama cultural mesoamericana. En Cholula, Tlaxcala y Huexotcínco, donde se le tenía por deidad principal, se celebraban en su honor enormes fiestas. Y, aunque no era una figura predominante en Tenochtitlan, los mexicas habrían tenido el cuidado de incorporarlo a sus mitos de origen nacionales buscando con ello entroncar su historia con la tradición del centro de México. Podemos afirmar, por tanto, que Quetzalcóatl fue un personaje esencial en la tradición mitológica mesoamericana, presente como dios en los mitos de creación, y como hombre en la conformación cultural de la región.

5. Conclusiones

El estudioso del mito de Quetzalcóatl debe enfrentar grandes dificultades a la hora de interpretar las fuentes. La naturaleza fragmentaria y muchas veces contradictoria de las narraciones conservadas se debe sin duda a las muchas versiones locales con que se encontraron los cronistas, quienes dejaron constancia de los tropiezos que generaban hechos como la pérdida de los antiguos códices, la escasez de informantes, las dificultades de la traducción lingüística y cultural, y, en general, el trastorno social ocasionado por la Conquista. El material con que contamos hoy, pues, es particularmente complejo. Sin embargo la lectura paciente y comparativa de las fuentes permite ver más allá de la información fragmentaria disponible y tratar de restituir aquello que se ha perdido o que solamente se conserva de manera implícita y oscura.

La primera conclusión a la que he llegado en este estudio es que, para empezar a superar la incongruencia, es preciso dividir la figura de Quetzalcóatl en varios personajes homónimos, los cuales se habrían confundido parcialmente a causa de su nombre o título común. He planteado una primera división entre una divinidad creadora Quetzalcóatl, y un ser humano divinizado llamado de la misma manera. Basándome en una lectura no

secuencial de los textos de Sahagún, he escindido al segundo personaje a su vez en dos seres humanos distintos, uno de ellos un sacerdote místico, y el otro un rey secular de la ciudad de Tula.

La diferencia entre las narraciones concernientes a Quetzalcóatl dios y a Quetzalcóatl hombre estribaría en que las primeras cuentan un tema cosmológico y escatológico, en tanto que las segundas se refieren a asuntos principalmente políticos y sociales. En el primer caso, el centro de la narración es la creación del mundo y el hombre por parte de la divinidad; en el segundo, la crónica gira en torno a los turbulentos eventos de transformación étnica y cultural que habrían tenido lugar en la provincia de Tula en algún momento a comienzos del Posclásico. A su vez, el personaje humano presenta dos facetas contradictorias que pueden entenderse mejor si su historia se divide en dos facetas, una de naturaleza religiosa y otra de naturaleza política. Se estaría así ante dos caracteres, uno de los cuales habría sido un sabio carismático y héroe cultural, precursor del pensamiento religioso mesoamericano, y el otro, un rey conquistador cuya ineptitud política habría llevado a la desintegración de Tula.

Aun en los mencionados personajes humanos, con sus narraciones mundanas, se observaban muchos rasgos míticos y formas de leyendas de origen. Sin embargo, los detalles narrados en muchos casos podrían contener indicios de datos históricos. Mediante una interpretación cuidadosa de diversos pasajes de las crónicas, he hallado que es posible dilucidar en ellos interesantes aspectos de los eventos sociales que pudieron llevar al colapso de Tula. Podemos ver en la caída en desgracia del sacerdote Quetzalcóatl el resultado de un enfrentamiento étnico-religioso, y en la expulsión del rey tulano las consecuencias de incontrolables disensiones políticas aunadas a una gran calamidad alimentaria. De esta manera es posible identificar la entrada de elementos foráneos en Tula y su creciente preponderancia como una de las causas del fin del imperio tolteca y del comienzo de la gran diáspora que llevaría a un profundo reordenamiento del territorio de los pueblos mesoamericanos.

APÉNDICES

Apéndice 1. Iconografía de Quetzalcóatl

Durán cuenta que vio personalmente la estatua de Quetzalcóatl que había en el templo de Cholula:

Estaba este ídolo en una ancha y larga pieza, puesto sobre un altar (...). Era este ídolo de palo, y (...) todo el cuerpo de hombre y la cara, de pájaro, con un pico colorado, nacida en el mismo pico una cresta con unas berrugas en él (...). Tenía en el mismo pico unas ringleras de dientes y la lengua de fuera, y desde el pico hasta la media cara, tenía amarilla y luego una cinta negra que le venía junto al ojo ciñendo por debajo del pico. (Durán, p. 62)

Sobre la vestimenta de esta estatua, precisa el mismo autor:

El ornato de este ídolo era que en la cabeza tenía una mitra de papel, puntiaguda, pintada de negro y blanco y colorado. De esta mitra colgaban atrás unas tiras largas pintadas, con unos rapacejos al cabo, que se tendían a las espaldas. Tenía en las orejas unos zarcillos de oro a la misma hechura de unas orejas. Tenía al cuello un joyel de oro grande, a la hechura de unas alas de mariposa, colgado de una cinta de cuero colorado. Tenía una manta toda de pluma, muy labrada, de negro y colorado y blanco, a la misma hechura del joyel, como unas alas de mariposa. Tenía un suntuoso braguero, con las mismas colores y hechura, que le daba abajo de las rodillas. En las piernas tenía unas calcetas de oro, y en los pies, unas sandalias calzadas. (Durán, p. 62)

Sus insignias habrían sido las siguientes:

Tenía en la mano derecha una segur, a hechura de hoz, la cual era de palo, pintada de negro, blanco y colorado, y junto a la empuñadura tenía una borla de cuero blanco y negro. En la mano izquierda tenía una rodela de plumas blancas y negras, todas de aves marinas, conviene a saber, de garzas y cuervos marinos, con cantidad de rapacejos de las mismas plumas muy espesas. (Durán, p. 62)

Durán también vio la efigie de Quetzalcóatl pintada en diversos libros:

(...) el cual vi pintado (...) en un papel bien viejo y antiguo, en la ciudad de México, con una venerable presencia. Demostraba ser hombre de edad, la barba, larga, entrecana y roja; la nariz, algo larga, con algunas ronchas en ella, o algo comida; alto de cuerpo; el cabello, largo; muy llano, sentado con mucha mesura. (Durán, p. 9)

Durán ofrece también en su libro un dibujo y una descripción semejante de los trajes de los toltecas discípulos de Quetzalcóatl, pero señala que se acostumbraba pintarlos con una especie de caracoles en la cabeza: “(...) andaban vestidos con hopas de colores, a las cuales llaman los indios *xicolli*, y por razón de las tocas que traían en las cabezas, los llamaban *cuateccizce*, que quiere decir ‘cabezas con caracoles’” (p. 14). Durán interpreta aquellos tocados de caracoles como bonetes mal pintados, y prefiere suponer que se trata de coberturas hechas con alguna tela doblada. Podría tratarse de una buena interpretación, pero queda la duda que emana del hecho de que el caracol sí es un elemento típico de la iconografía de Quetzalcóatl.

Sahagún (p.39) también presenta una descripción pormenorizada de la efigie de Quetzalcóatl. Los atavíos de este dios sería los siguientes: una mitra en la cabeza, con un penacho de plumas de quetzalli, manchada como cuero de tigre; cara y cuerpo teñidos de negro; camisa tipo sobrepelliz, labrada, que le llegaba hasta la cintura; orejeras de turquesa; collar de oro del que colgaban caracolitos; a cuestras llevaba un plumaje a manera de llamas de fuego; calzas de la rodilla abajo de cuero de tigre, de las que colgaban caracolitos; sandalias teñidas de negro revuelto con marcagita; en la mano izquierda una rodela con una pintura con cinco ángulos, a la que se llamaba el joel del viento; en la derecha, un cetro enroscado arriba como un báculo de obispo, y con empuñadura como la de una espada.

El mismo autor hace esta curiosa descripción de la estatua de Quetzalcóatl que al parecer vio: “Y estaba siempre echada su estatua y cubierta de mantas, y la cara que tenía era muy fea, y la cabeza larga, y barbudo” (p. 208).

Gómara presenta a Quetzalcóatl ataviado de una manera que se había vuelto tradicional entre los supremos sacerdotes de Tenochtitlán, según se les pinta en los códices: “Nunca se vistió más que una ropa de algodón blanca, estrecha y larga, y encima una manta sembrada de cruces encarnadas” (p.161).

El *Códice Vaticano A* (p. 7 verso) presenta varios dibujos en que figura Quetzalcóatl. En uno de ellos le vemos subido sobre un templo, con un tocado cónico en la cabeza, un ornamento de plumas sobre la nuca, con una manta tachonada de adornos cruciformes sobre los hombros y un báculo encorvado en la mano derecha. Su otra mano no se deja ver, pero lleva sobre el pecho lo que podría ser una bolsa de copal. Tiene clavadas en las piernas espinas de maguey. A su lado aparecen dos dibujos, uno de una espina para el sacrificio y otro de un incensario.

En las descripciones anteriores vemos a Quetzalcóatl ataviado de diversas maneras, seguramente de acuerdo con las funciones que cumplía en cada lugar donde se le veneraba. No se trata de una iconografía única con la que se le pueda reconocer siempre, aunque muchas veces llevaba las insignias correspondientes a Ehécatl, dios del viento, o de las figuras sacerdotales del centro de México. Un aspecto singular y repetitivo es, sin embargo, el de la presencia de elementos marítimos como los caracoles y las plumas de aves de mar. Esta particularidad, aunada a otros argumentos, permitiría llegar a especular favorablemente sobre el origen costero del personaje o de su culto.

Apéndice 2. Templos dedicados a Quetzalcóatl

Según las fuentes, templos de Quetzalcóatl había en todas partes, tanto en las ciudades donde se le daba un culto principal (Cholula, Tlaxcala, Huexotcinco, Coatepec), como en aquellas donde era una divinidad secundaria (p.ej., México y Tezcoco). Estos templos eran característicos, pues se diferenciaban de cualquiera otros por ser totalmente redondos:

Y entre ellos [los templos de México] había uno redondo, dedicado al dios del aire, llamado Quezalcouatlh; porque así como el aire anda alrededor del cielo, así le hacían el templo redondo. La entrada era por una puerta hecha como boca de serpiente, y pintada endiabladamente. Tenía los colmillos y dientes en relieve, cosa que asombraba a los que allí entraban, especialmente a los cristianos, que se les presentaba el infierno al verla delante. (Gómara, 195-196)

Tezcoco también tenía el suyo: “Había un templo redondo que era de Quetzalcoatl, dios del aire (...)” (Ixtililxóchitl, p. 156).

Durán describe el templo de Quetzalcóatl que había en Cholula:

Tenía [el templo] sesenta gradas (...) y su edificio era que, después de aquellas gradas, se hacía un patio muy encalado, de mediana anchura, donde tenía una pieza toda redonda, que, aunque era grande, era a hechura de horno, y la entrada era como boca de horno, ancha y baja, que para entrar era menester inclinarse mucho. Tenía por techo una copa redonda, pajiza, que ellos llaman *xacalli*. (Durán, p.64)

Este templo tenía, como era común, dependencias de servicio, en las cuales habitaban los novicios destinados al futuro sacerdocio:

En este templo había sus aposentos, como en los demás, donde había ayuntamiento de muchos que servían a este ídolo y dependían las cerimonias de su culto, para después conseguir y suceder a los sacerdotes de él. Donde había un sacerdote a la continua que residía allí y tenía a cargo de imponer y enseñar a aquellos muchachos y de hacer todas las ceremonias del ídolo (...). (Durán, p.65)

La presencia sonora del templo en la cotidianidad del poblado podemos imaginarla gracias a este pasaje:

(...) todos los días tañía a la hora que se pone el sol un gran atambor que había solo en aquel templo (...). El cual tambor era tan grande que su sonido ronco se oía por toda la ciudad. El cual oído, se ponía la ciudad en (...) silencio (...) siendo aquella señal de recoger (...). Al alba (...) tornaba aquel sacerdote a tañer su atambor (...) y así los caminantes y forasteros se aprestaban con aquella señal para sus viajes (...). También se aprestaban los labradores, mercaderes y tratantes con aquella señal (...). (Durán, p. 65)

Otras estructuras del templo son descritas así: “Este templo tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos y muy graciosos entremeses.

Para lo cual había en medio de este patio un pequeño teatro de treinta pies en cuadro, muy encalado (...)” (Durán, p. 65-66).

Estos templos frecuentemente tenían cobertura de paja, lo cual los hizo algo precarios, de manera que no se conservaron. Esto se constata en el siguiente pasaje: “El año 182 hizo Motecuzoma un templo a Quetzalcoatl a do agora es la casa del Obispo, y cubrió lo alto de paja. El año siguiente cayó un rayo y lo quemó (...)” (*Historia de los mexicanos por sus pinturas*, p.62).

Los templos redondos de Quetzalcóatl hacen honor a la singularidad del personaje dentro de todo el panorama ideológico mesoamericano. Desafortunadamente, no han quedado mayores vestigios de ellos, y de su apariencia sólo nos podemos hacer una idea gracias a las crónicas sobrevivientes.

Apéndice 3. Fiestas en honor de Quetzalcoatl

Si bien Quetzalcóatl era apenas un dios secundario en Tenochtitlan, el calendario ritual de los mexicas había reservado por lo menos dos fechas para honrarle. La primera de estas ocasiones era una fiesta anual fija: “En el primer día deste mes [el primero del año] celebraban una fiesta a honra, según algunos, de los dioses tlaloques (...); y según otros de su hermana la diosa del agua Chalchiuhtlicue; y según otros, a honra del gran sacerdote o dios de los vientos Quetzalcóatl, y podemos decir que a honra de todos estos” (Sahagún, p. 81).

La segunda fiesta tenía un carácter móvil según el calendario ritual, pues se hacía en la fecha *ce ácatl*, asociada al nombre y a la historia del héroe Quetzalcóatl. Se celebraba con presencia de los señores y principales, y tenía como escenario el *calmécac*: “Esta fiesta hacían en la casa llamada *calmécac*, que era la casa donde moraban los sátrapas de los ídolos y donde se criaban los muchachos. En esta casa, que era como un monasterio, estaba la imagen de Quetzalcóatl. Este día la aderezaban con ricos ornamentos y ofrecían delante della perfumes y comida” (Sahagún, p.100).

Pero las fiestas verdaderamente importantes en honor de Quetzalcóatl se celebraban en las ciudades de Cholula, Tlaxcala, Huexotcinco y Coatepec, donde el héroe divinizado

como dios del viento era la figura patrona. Allí se celebraba cada cuatro años una festividad principal, el *teuxihuitl*, que Gómara traduce por “año de Dios”. En Cholula se hacía en honor de Quetzalcóatl, y en las otras tres ciudades, en el de Camaxtle. Aunque se honrase a divinidades diferentes en cada lugar, estas fiestas estaban evidentemente conectadas entre sí: A la fiesta de Camaxtle en Tlaxcala eran enviados sacerdotes delegados desde Cholula ataviados con las vestimentas de Quetzalcóatl; y, a su vez, a la fiesta de Quetzalcóatl en Cholula llegaban representantes sacerdotales vestidos con el ajuar de Camaxtle. La razón presumible de esto es que, según varias fuentes, Camaxtle habría sido el padre de Quetzalcóatl.

La fiesta de Cholula se llevaba a cabo el 3 de febrero. Uno de sus rasgos distintivos era el cruento ayuno de sueño a que se sometían los sacerdotes durante los ochenta días previos:

(...) sentábanse todos por orden arrimados á la pared, y de allí ninguno se levantaba más de para hacer sus necesidades; y así sentados habían de velar en los sesenta días primeros, pues no dormían más de á prima noche hasta espacio de dos horas, y después velaban toda la noche hasta que salía el sol, y entonces tornaban á dormir otra hora; todo el otro tiempo velaban y ofrecían incienso (...). A la media noche todos se bañaban y lavaban, y luego con aquel tizne se tornaban á entiznar y parar negros; también en aquellos días se sacrificaban y muy á menudo de las orejas con aquellas puntas de maguey (...). (Motolinía, p.61-62)

Tras este ayuno, venía la fiesta propiamente dicha:

Ataviaban la imagen de Quetzalcoatlh riquísimamente con muchas joyas de oro, plata, piedras y plumas (...) le ofrecían la última noche muchos sartales y guirnaldas de maíz y otras hierbas; mucho papel, muchas codornices y conejos. (...) no mataban muchos hombres, porque Quetzalcoatlh vedó tal sacrificio, aunque todavía sacrificaban algunos. (Gómara, p. 481)

El sacrificio humano que se hacía en esta fiesta era el típico en Mesoamérica, a saber, la víctima pasaba a representar al propio dios homenajeado, al cual se debía dar muerte para después comerlo ritualmente:

Cuarenta días antes (...) los mercaderes compraban un indio, sano de pies y manos, sin mácula ni señal alguna (...). A este esclavo compraban para que vestido como el ídolo, le representase aquellos cuarenta días. Después de lavado y purificado, le vestían a la misma manera que el ídolo estaba vestido (...). Llegado el mismo día de la fiesta (...) a media noche (...), después de haberle hecho mucha honra de incienso y música, tomábanlo y sacrificábanlo (...) haciendo ofrenda de su corazón a la luna y después arrojado al ídolo, en cuya presencia lo mataban, dejando caer el cuerpo por las gradas abajo, de donde lo alzaban los que lo habían ofrecido (...), y alzándolo de allí, llevábanlo a la casa del más principal y allí lo hacían guisar en diferentes manjares (...) para celebrar la comida y banquete (.). (Durán, p.63-64)

En la fiesta no faltaban las representaciones teatrales:

Este templo tenía un patio mediano, donde el día de su fiesta se hacían grandes bailes y regocijos y muy graciosos entremeses (...) Donde el primero que salía era un entremés de un buboso, fingiéndose estar muy lastimado de ellas (...) mezclando muchas graciosas palabras y dichos con que hacía mover la gente a risa. Acabado este entremés, salía otro de dos ciegos y de otros dos muy lagañosos. Entre estos cuatro pasaba una graciosa contienda y muy donosos dichos, motejándose los ciegos con los lagañosos. Acabado este entremés, entraba otro, representando un arromadizado y lleno de tos, fingiéndose muy acatarrado, haciendo grandes ademanes y graciosos. Luego representaban un moscón y un escarabajo (...) el uno, haciendo zumbido como mosca, llegándose a la carne y otro ojeándola y diciendo mil gracias, y el otro, hecho escarabajo, metiéndose en la basura. Todos los cuales entremeses entre ellos eran de mucha risa y contento. (Durán, p. 65-66)

El motivo de que se presentasen estas piezas era que Quetzalcóatl tenía entre sus muchas funciones el ser también abogado de los que padecían las enfermedades allí representadas; los actores entonces intercalaban en los entremeses discursos dirigidos al dios, pidiéndole salud.

El día de la fiesta, el pueblo llevaba también sus ofrendas al templo de Quetzalcóatl:

La ofrenda que la gente común ofrecía este día en el templo a este fingido dios era pan y aves, de ellas vivas y de ellas guisadas. Las que se ofrecían guisadas era de esta manera: que haciendo unos platos de cañas secas (...) ponían unos tamales grandes, del tamaño de gruesos

melones (...) sobre estos tamales ponían grandes trozos de gallinas (...) de lo cual hacían mucha cantidad de ofrenda delante del altar del ídolo. Otros ofrecían las ordinarias ofrendas, conviene a saber: copal, hule, plumas, tea, codornices, papel, pan cenecño, tortillas pequeñas, en figura de pies y manos, lo cual todo tenía su particular fin y objeto. (Durán, p.66)

La fiesta de Tlaxcala, Huexotcinco y Coatepec, en honor a Camaxtle, dios de la caza, también empezaba con un ayuno previo, pero resultaba más sangrienta, por cuanto incluía el sacrificio humano en masa: “(...) las principales solemnidades de los tlaxcaltecas, llamadas Teuhxihuilt, se celebraban en el mes de marzo de cada cuarto año en honor de la dignidad de Camaxtle (...). En ésta los sacerdotes acostumbraban ayunar ciento sesenta días y los laicos setenta” (Hernández, p. 196).¹² Tras el ayuno:

(...) ataviaban la estatua de aquel demonio, la cual era de tres estados de altura, cosa muy disforme y espantosa; tenían también un ídolo pequeño, que decían haber venido con los viejos antiguos que poblaron esta tierra (...): este ídolo ponían junto á la grande estatua, y teníanle tanta reverencia y temor que no le osaban mirar (...). Asimismo ponían á la grande estatua una máscara, la cual decían que había venido con el ídolo pequeño, de un pueblo que se dice Tollan, y de otro que se dice Poyauhtlan, de donde se afirma que fué natural el mismo ídolo. (...) Después comenzaba el sacrificio y muertes de los presos en la guerra (...); de manera que llegaba el número de los que en este día sacrificaban, á ochocientos hombres en sola la ciudad y provincia de Tlaxcallan (...). (Motolinía, p.58-59)

Al parecer, en la provincia de Tehuacan se hacía también un ayuno especialmente riguroso, que es descrito por Gómara de la siguiente manera:

De cuatro en cuatro años, que es, como dicen ellos, el año de Dios, entraban cuatro mancebos a servir en el templo; no vestían más que una sola manta de algodón, y aquella de año en año, y unas bragas; la cama era el suelo, la cabecera un canto. Comían a mediodía sendas tortillas de pan y una escudilla de atulli, brebaje que hacen de maíz y miel. De veinte en veinte días, que comienza mes, y es fiesta ordinaria, podían comer y beber de todo. Una noche velaban

¹² La fecha exacta en que se celebraba la fiesta no está totalmente clara, pues Durán afirma que se realizaba a quince de noviembre.

dos de ellos, y otra los otros dos (...). Cada veinte días se metían por un agujero que se hacían en lo alto de las orejas sesenta cañas largas cada uno. Al cabo de los cuatro años tenía cada uno cuatro mil trescientas veinte cañas metidas por sus orejas (...). Las quemaban en acabando su ayuno con mucho incienso, para que los dioses gustasen de aquella suavidad. (Gómara, p.482)

Se puede observar en este pasaje cómo la tradición ideológica del ayuno y la mortificación asociada a Quetzalcóatl se mantenía vigente de manera ritual. Igualmente, fundamental era el aspecto de la castidad:

Si [el joven ayunante] participaba con mujer, lo mataban a palos de noche, ante la furia del pueblo y delante de los ídolos; lo quemaban y esparcían los polvos por el aire para que no quedase recuerdo de tal hombre, pues no pudo pasar cuatro años sin llegar a mujer, habiendo pasado toda la vida Quezalcoatl, por cuya remembranza comenzó el ayuno. (Gómara, p. 482)

Si bien la figura de Quetzalcóatl había sido divinizada y transformada en númen de diversas fuerzas de la naturaleza o necesidades humanas, en las descripciones anteriores de los rituales a él dedicados se puede observar cómo la esencia del personaje se conservó en ellos, haciéndose centrales los aspectos ideológicos de ayuno, penitencia, retiro y castidad que el propio Quetzalcóatl habría en sus tiempos enseñado.

6. Bibliografía

- Anales de Cuauhtitlan*. En *Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*. Trad. directa del náhuatl, Primo Feliciano Velásquez. 3ª ed. México: UNAM, 1992.
- Chimalpahin Cuauhtlehuanitzin, Francisco de San Antón Muñón. *Relaciones originales de Chalco-Amaquemecan*. Paleogr., S. Rendón; intr., Ángel M^a Garibay K. México: FCE, 1965.
- Códice Vaticano A 3738*. Serie Códices Mexicanos. México: FCE, s.f.
- El conquistador anónimo*. En *Colección de documentos para la historia de México*, vol. 1. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. 2ª ed. facs. México: Porrúa, 1971 [México: Librería de J.M. Andrade, 1858].
- Cortés, Hernán. *Cartas y documentos*. Intr., Mario Hernández Sánchez. México: Porrúa, 1963.
- Davis, Nigel. *The Toltecs until the fall of Tula*. Norman: University of Oklahoma Press, 1977.
- Durán, Diego, fray. *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de Tierra Firme*, vol. 1. Ed., Ángel M^a Garibay. México: Porrúa, 1967. 2 vols.
- Fernández de Oviedo y Valdés, Gonzalo. *Historia general y natural de las Indias*, vols. 8, 10. Asunción: Editorial Guaranía, 1944. 14 vols.
- Eliade, Mircea. *Mito y realidad*. Madrid: Guadarrama, 1968.
- Florescano, Enrique. *El mito de Quetzalcóatl*. México: FCE, 1993.
- Garibay, Ángel M^a. *La literatura de los aztecas*. México: Ed. Joaquín Mortiz, 1964.
- Gómara, Francisco López de. *La conquista de México*. 2ª ed. Madrid: Dastin, 2001.
- Graulich, Michel. *Quetzalcóatl y el espejismo de Tollan*. Antwerpen: Instituut voor Amerikanistiek, 1988.
- Hernández, Francisco. *Antigüedades de la Nueva España*. Ed., Ascención Hernández. 2ª ed. Madrid: Dastin, 2001.
- Historia de los mexicanos por sus pinturas*. En *Teogonía e historia de los mexicanos: Tres opúsculos del siglo XVI*. Ed., Ángel M^a Garibay K. México: Porrúa, 1965.
- Historia de México*. En *Teogonía e historia de los mexicanos: Tres opúsculos del siglo XVI*. Ed., Ángel M^a Garibay K. México: Porrúa, 1965.
- Historia tolteca chichimeca* (fragmento). En *De Teotihuacán a los aztecas: Antología de fuentes e interpretaciones históricas*. Por Miguel León Portilla. 2ª ed. México: Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1972. pp.72-73.

- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva. *Historia de la nación chichimeca*. Ed., Germán Vásquez Chamorro. Madrid: Dastin, 2000.
- Kirk, G.S. *El mito: Su significado y funciones en la Antigüedad y otras culturas*. Barcelona: Paidós, 1985.
- Leyenda de los soles*. En *Códice Chimalpopoca: Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los soles*. Trad. directa del náhuatl, Primo Feliciano Velásquez. 3ª ed. México: UNAM, 1992.
- López Austin, Alfredo. *Breve historia de la tradición religiosa mesoamericana*. México: UNAM, 1998.
- Moteczuma, Diego Luis de. *Corona mexicana ó historia de los nueve Motezumas*. Ed. y prólogo, Lucas de la Torre. Madrid: Biblioteca Hispania, 1914.
- Motolinía, fray Toribio de Benavente. *Historia de los indios de la Nueva España*. En *Colección de documentos para la historia de México*, vol. 1. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. 2ª ed. facs. México: Porrúa, 1971 [México: Librería de J.M. Andrade, 1858].
- , *Memoriales e Historia de los indios de la Nueva España*. Est. prelim., Fidel de Lejarza. Madrid: Ediciones Atlas, 1970.
- Nicholson, Henry. "Topiltzin Quetzalcóatl of Tollan: A problem in Mesoamerican Ethnohistory". Tesis doctoral. Harvard University, 1957.
- Pomar, Juan Bautista. *Relación de Tezcoco*. En *Relaciones de la Nueva España*. Ed., Germán Vásquez Chamorro. Madrid: Historia 16, 1991.
- Relación de la genealogía y linaje de los señores que han señoreado esta tierra de la Nueva España*. En *Relaciones de la Nueva España*. Ed., Germán Vásquez Chamorro. Madrid: Historia 16, 1991.
- Sahagún, Bernardino de, fray. *Historia general de las cosas de Nueva España: Primera versión íntegra del texto castellano del manuscrito conocido como Códice Florentino*. Intr., paleogr., glosario y notas, Alfredo López Austin y Josefina García Quintana. Madrid: Alianza, 1988. 2 vols.
- Santos Granero, Fernando. "Escribiendo la historia en el paisaje: Espacio, mitología y ritual entre la gente Yanasha". En *Tierra adentro: Territorio indígena y percepción del entorno*. Eds., Alexandre Surallés y Pedro García Herrero. IWGIA, documento 39. Compenhague: s.e., 2006.
- Séjourné, Laurette. *El universo de Quetzalcóatl*. México: FCE, 1962.
- Tapia, Andrés de. *Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México*. En *Colección de documentos para la historia de México*, vol. 2. Publicado por Joaquín García Icazbalceta. 2ª ed. facs. México: Porrúa, 1971 [México: Librería de J.M. Andrade, 1858].